
LA REPÚBLICA AL REVÉS

Tirso de Molina
(Gabriel Téllez)

Esta edición electrónica de LA REPÚBLICA AL REVÉS fue preparada por Vern Williamsen en 2000 para incluirse en esta colección. La edición que tomamos como base para fijar nuestro texto es la de la QUINTA PARTE DE COMEDIAS DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA (Madrid: Imprenta Real, 1636)

Personas que hablan en ella:

- **IRENE**, Emperatriz
- **CONSTANTINO**, su hijo
- **CAROLA**, Infanta
- **LIDORA**, dama suya
- **MELISA**, pastora
- **FLORILO**, pastor
- **ITALIO**, pastor
- **HONORATO**, senador
- Cuatro **GUARDAS**
- Unos **PRESOS**
- **CAMILA**, criada
- **ROSELIO**, Infante
- **LEONCIO**, camarero
- **ANDRONIO**, caballero
- **MACRINO**, Secretario
- Dos **CRIADOS**
- **TARSO**, pastor
- **DINAMPO**, pastor
- **DAMÓN**, alcalde
- **CLODIO**, galán
- **LISO**, pastor
- **EL REY** de Chipre
- **RELATOR**
- La **FORTUNA**
- Unos **CAZADORES**
- **SOLDADOS**

ACTO PRIMERO

***Salen marchando soldados, y detrás de ellos
IRENE, armada con bastón y corona de emperatriz!***

IRENE: Cesen, griegos, las trompetas;
cesen las cajas también;
haced los pífanos rajés
y los clarines romped;
abatid los estandartes
y no los enarboléis,
que el placer de mis victorias
ya es pesar y no placer.
¡Ay, Constantinopla ingrata,
patria a tus hijos crüel!
¿Éste es mi recibimiento?
¿Éste el triunfo imperial es?
¿Así mis hazañas pagas,
cuando entrar en ti pensé
sobre el victorioso carro
entre el bélico tropel?
¿Cuando entendí que el senado,
debajo el palio y dosel
me llevara a Santa Sofia
yo a caballo y él a pie,
y adornando tus paredes
de damasco y brocatel,
tus calles, de flores llenas,
fueran calles de un vergel?
¿Agora, cuando aguardaba
recibir el parabién
de tantos reinos ganados,
tantos cetros a mis pies;
ahora, senado ingrato;
ahora, griego sin ley,
el imperio me quitáis
porque mi hijo goce de él?
Yo le quiero coronar,
pues vosotros lo queréis,
descubra su excelso trono
el imperial sumiller,
y ruego al cielo que os rija,
vasallos griegos, tan bien,
que defienda vuestro imperio
sin que me hayáis menester.

***Tocan música; descubren una cortina
detrás de la cual estará, debajo de un dosel,
COSTANTINO, y a sus lados, y en pie, LEONCIO,
ANDRONIO, MACRINO, y otros. A un lado, en una mesilla,
estará sobre una fuente de plata la corona, el estoque, y el
mundo***

CONSTANTINO: Injustas quejas has dado,
madre, en aquesta ocasión
al griego imperio y senado
que muestran el ambición
con que el mundo has gobernado.
 ¿Qué mayores quejas dieras
si, cuando a Grecia vinieras
triunfando con regocijo,

en vez de imperar tu hijo
un extraño imperar vieras?
¿Tan mal, madre, galardona
el imperio tu persona,
si el día que entras triunfando
a tu hijo le está dando
del imperio la corona?

Basta, que tu desatino
--que este nombre ha de tener--
a vituperarme vino;
Semíramis querrás ser
y hacerme a mí infame Nino.

Porque mientras que atropellas
bárbaros, y cuerpos huellas
con guerra que el mundo abrasa
me quede encerrado en casa
hilando con tus doncellas.

Hijo tienes que ya alcanza
en la milicia alabanza;
holandas, madre, dibuja;
que a la mujer el aguja
le está bien, mas no la lanza.

IRENE:

Si hombre en el imperio hubiera,
Constantino, que hasta ahora
le amparara, Irene fuera
Penélope tejedora,
no Semíramis guerrera.

Mas si cuando el Persa vino
las telas del raso y lino
con oro y perlas bordara,
¿quién sus escuadras echara
del imperio, Constantino?

Los hombres no, que en regalos
y femeniles placeres,
por huir sus intervalos
hilaran como mujeres
y fueran Sardanapalos.

***Tocan música y sube a coronarle IRENE;
pónele la corona en la cabeza***

Hágate Dios gran monarca,
y tanto, que este laurel
ciña lo que el Sol abarca,
y triunfes del moro infiel
sin que lo estorbe la Parca.

Dale el estoque

Toma aqueste estoque agudo
que hoy te ofrece, emperador,
tu imperio, limpio y desnudo,
en señal que en su favor
has de acudir como acudo.

Dátele limpio y derecho
porque en ninguna ocasión,
si has de ser juez de provecho,
le ha de manchar la pasión
ni ha de torcerle el cohecho.

Si por dádivas le sueltas
vivirás con mil revueltas,
que el juez que por interés
tuerce la justicia es
espada con muchas vueltas.

La cruz de este estoque mira,
y verás salir a luz
un consejo que me admira;
siempre has de mirar la cruz
cuando estuvieres con ira;
que su piadosa presencia
amansará tu violencia,
y fue invención extremada
poner juntas en la espada
la justicia y la clemencia.

Dale el mundo

Toma este globo, en quien fundo
tu imperio, y serás gigante,
o nuevo Alcides segundo,
pues, cual si fueras Atlante,
te han cargado todo el mundo.

Siempre has de vivir así,
la espada desenvainada
junto al mundo que te di,
porque en dejando la espada
te dejará el mundo a ti.

Quiero decir que es en vano
el librar de algún tirano
tu imperio si te desarmas,
que el reino que está sin armas
deslízase de la mano.

Tenlo bien, siendo prudente,
que con la prudencia sola
gobernarás bien tu gente,
porque como el mundo es bola
rodaráse fácilmente.

La cruz que ves de ese modo
es la ley de Dios, y estima
su ley, a que te acomodo,
que por aqueso está encima,
porque Dios es sobre todo.

Con tres cruces galardona
el imperio tu persona,
y cada cual es pesada;
púsote cruz en la espada,
en el mundo y la corona.

Ruego al cielo que no des,
cuando rueda la Fortuna,
con tanta Cruz al través,
que si Dios cayó con una,
¿que harás tú llevando tres?

CONSTANTINO:

Cesa, madre, de agorarme,
si no quieres enojarme,
que yo me sabré tener,
y cuando venga a caer
será para levantarme.

Constantino soy, mi nombre
dice constancia; resiste

tu temor y no te asombre,
que pues que tú te tuviste,
yo me tendré, que soy hombre.
Vamos, amigos, que presto
veréis a mis plantas puesto,
sin temor de enojos vanos,
el mundo que está en mis manos.
Mas--¡válgame Dios!--¿qué es esto?

***Levántase y al bajar cae en tierra con el estoque que se le
quiebra, el mundo y la corona,***

Caí en tierra y la espada
se me quebró.

IRENE: Mi recelo
aumenta la suerte airada.

LEONCIO: La corona dio en el suelo,
y el mundo.

CONSTANTINO: No se os dé nada,
que a tanta soberbia vuelo
que si con caer no diera,
señal que me basta el suelo,
guerra al mismo cielo hiciera
hasta conquistar el cielo.

IRENE: Diversa interpretación
adivina el corazón.
Ahora bien, yo determino
irme a vivir, Constantino,
a una aldea y recreación
que dos leguas de este espacio
está, donde en su floresta
seré, viviendo despacio,
si hasta aquí Belona, Vesta,
que ya me enfada el palacio;
y dando a Marte de mano,
imitaré a Diocleciano,
que tuvo por vituperio
la púrpura del imperio
hecho en Dalmacia hortelano.

CONSTANTINO: Bien haces, anda con Dios,
que allí podrá tu viudez
descansar.

IRENE: Trono, de vos
caí en tierra una vez
y no quiero caer dos.
En vos me vi entronizada,
mas caí por ser pesada,
y es milagro asiento falso
que, cayendo de tan alto,
no salgo descalabrada.

CONSTANTINO: ¿Vaste?

IRENE: aguardo a que me des
los brazos.

CONSTANTINO: Adiós, que es tarde;
acompañadla los tres.

IRENE: Dios, griego imperio, te guarde,
que vas a dar al través.

Vase. Salen dos CRIADOS

CRIADO 1: Una flota entra en la barra
y alegre en el puerto amarra,
dando al viento los grumetes,
flámulas y gallardetes.
CONSTANTINO: A ocasión vendrá bizarra,
si es mi esposa, que ella sola
guardo.
CRIADO 2: Griego monarca,
la bella infanta Carola
en el puerto desembarca.
CONSTANTINO: ¿Mi esposa es? ¡Caballos, hola!

***Vanse todos si no es LEONCIO, y quédase el
mundo en tierra***

LEONCIO: Mundo, en tierra os han dejado;
¿cómo estáis tan despreciado?
Con honra poca os reciben;
mas no es mucho que os derriben
por los que habéis derribado.
¿Levantaréos, mundo? Sí,
que aunque pagáis mal, me fundo
en levantaros, vení;
mas pues os levanto, mundo,
levantadme vos a mí.
Pero si he de caer luego,
dejadme así, mundo ciego,
que será el subir trabajo
si me habéis de echar abajo.

Dentro

VOZ: Leoncio, emperador griego.

***Ábrese el mundo en cuatro partes, y de en
medio sale una mano con una corona de laurel***

LEONCIO: ¡Cielos! El mundo se ha abierto
y una mano sale de él
que, haciendo mi temor cierto,
me da el imperial laurel.
¿Sueño? No, que estoy despierto.
Buenas señales son éstas,
si no se vuelven funestas;
vamos, que quiero pagaros,
mundo, este bien con llevaros,
aunque sois pesado, a cuestas.

***Vase. Suena ruido de desembarcar. Dicen de
dentro***

MARINERO 1: ¡Chipre!
MARINERO 2: ¡Constantinopla!
TODOS: ¡Grecia! ¡Grecia!
MARINERO 3: Echa a tierra la puente y pasadizo.
.....[-ecia].

Salen por una puerta CONSTANTINO, LEONCIO, ANDRONIO y MACRINO; por otra parte echan desde la popa de una galera un pasadizo al tablado, y bajan por él CAROLA, la infanta; LIDORA, dama; ROSELIO, su hermano, y otros

CONSTANTINO: Palafrenes traed, caballero,
para la Infanta y damas.

ROSELIO: ¿Qué bien precia
esta ciudad el mundo, y qué bien hizo
el magno Constantino en ilustrarla
y con su nombre, imperio y silla honrarla!

CAROLA: ¿Famoso puerto y espaciosa playa!
No es tal la de mi patria Famagusta.

ROSELIO: Dudo que igual en toda Europa la haya.

MACRINO: Ya está en tierra la que ha de ser Augusta.

ROSELIO: El César viene.

CAROLA: ¿Ay, Dios! Aquella saya
compón, Lidora, presto; el cuello ajusta.

LIDORA: Todo está bueno, no llegues a ello.

CAROLA: ¿Y el tocado?

LIDORA: También.

CAROLA: Mira el cabello.

CONSTANTINO: Deme su mano vuestra gran belleza.

CAROLA: Más razón, gran monarca, es que yo pida
la vuestra.

CONSTANTINO: ¿Cómo viene vuestra alteza?

CAROLA: Para servirlos, vengo agradecida
al mar, que en paz a ver vuestra grandeza
me trajo.

CONSTANTINO: Quedará la mar corrida
de que la tierra, bella Infanta, os cobre,
pues sin vuestra belleza queda pobre.

ROSELIO: Envidiosa a lo menos justamente
puede estar del favor que con vos gana,
invicto emperador de todo oriente,
a sus orillas mi dichosa hermana;
y por la mucha parte que al presente
me cabe de merced tan soberana,
los pies os beso, emperador augusto.

CONSTANTINO: Roselio, Infante, alzad.

ROSELIO: Aquesto es justo.

CONSTANTINO: ¿Dejaste con salud al rey?

ROSELIO: Con ella
para servirlos queda.

CONSTANTINO: ¿Y a Ariodante?

CAROLA: El príncipe, mi hermano, se querrela
de que haya coyuntura semejante
para os servir y ver, y que con ella
..... [-ante]
le detenga mi padre. Levántale, Lidora.

*Cáesele un guante, levántale LIDORA,
dásele de rodillas, y túrbase CONSTANTINO en
verla*

CONSTANTINO: ¿No hay criados aquí? Dejad, señora;
del suelo os levantad, y...

Aparte los dos

DINAMPO: Pues haráos mucho servicio.
FLORINO: Buena vida.
TARSO: Será vicio;
con ella me entretendré.

Vanse. Salen LIDORA y CONSTANTINO

LIDORA: Tu Alteza, invicto César, se reprima;
que aunque es de mucha estima que el agosto
me tenga amor, no es justo, ni conviene,
que quien a servir viene, se prefiera
a su señora.

CONSTANTINO: Espera, por el cielo,
que de mi fuego, es hielo su presencia.

LIDORA: Más muestra la experiencia que le abrasa,
pues tan presto se casa vuestra alteza;
porque, si su belleza le enfriara,
claro está que aguardara que en la corte,
pues no hay para qué importe que sea agora
le diera mi señora como esposa
la mano generosa. Mas pues veo
que le obliga el deseo a que en un monte
y desierto horizonte dé la mano
a mi señora, es llano que le aflige
la dilación, y elige lo más breve
por mejor; que a ser nieve, no se diera
tal prisa; que el que espera, cuando arde
todo lo juzga tarde y, si aborrece,
un siglo le parece que es instante.

CONSTANTINO: Cuando alzastes el guante que me distes,
y viéndoos yo, rendistes mis suspiros;
por no verse perdidos previnieron
el remedio que vieron conveniente;
y como amor ardiente se repara
con otro amor, gustara que este medio
sirviera de remedio. Remediarme
quise con desposarme, porque he oído
que entre esposa y marido amor desnudo
hace un sabroso nudo. Desposéme,
aborrecí, y heléme tan helado,
que aunque no la he gozado, ya me siento
con arrepentimiento de lo que he hecho.
El tálamo y el lecho que me espera
esta noche quisiera se abrasara.
Si yo a Carola amara, ¿de qué modo
a vos, Lidora, toda el alma diera?
La llama verdadera, y el perfeto
amor, sólo a un objeto se termina,
sólo a un blanco se inclina su sentido;
que el amor repartido no merece
nombre de amor, ni ofrece amor sus leyes
tan capaces...

LIDORA: Los Reyes, griego agosto,
tienen muy ancho el gusto y apetito.
Nunca tiran a un hito solamente;
en su amor aparente hay la mudanza,
que en su misma privanza venlo todo,
y el ver como es de modo, que de él nace
cuando el objeto aplace el desearlo
y es fácil alcanzarlo, porque adquieren

los Reyes cuanto quieren; sus empleos son como sus deseos: pues ¿qué mucho, si a la experiencia escucho, esta certeza que quiera vuestra alteza a mi señora la emperatriz y ahora juntamente a mí obligarme intente?

CONSTANTINO: Bien arguyes, pero no me concluyes; porque entiendas que tus hermosas prendas sólo han hecho tributario mi pecho y a ti sola, despreciando a Carola, estimo y quiero, esta noche prefiero tu hermosura a la suya; procura que entretanto que con su negro manto está la noche del transparente coche desterrada goce el alma abrasada tu belleza; que tú serás cabeza de mi imperio, y en dulce cautiverio presa el alma que tienes puesta en calma, haré que el orbe, sin que la envidia estorbe dichas tantas, se postre a aquesas plantas; tu señora te servirá, Lidora, y aunque sea emperatriz, no crea ningún hombre que lo es más que en el nombre.

LIDORA: ¿Qué abundante que promete un amante pretendiente, y qué apocadamente cumple luego que se aplacó su fuego! No harás nada; quedaréme criada, pobre y sola, y emperatriz Carola; muy mal labras tus gustos con palabras, pues son viento. En cumpliendo tu intento seré necia y fea; la que precia el primer fruto es cuerda y da tributo al yugo tierno del sacramento eterno, que al fin dura.

CONSTANTINO: La perfecta hermosura nunca enfada; mas después de gozada, si es perfeto el amor, más sujeto está el amante, más firme, más constante y apacible; ¿no es siempre apetecible lo que es bueno?

LIDORA: Lo bueno como bueno, es gran regalo; pero en razón de malo mala cosa.

CONSTANTINO: ¡Ay mi discreta hermosa que me vences cada instante y convences! Yo te adoro, y aunque el bello tesoro de tus brazos con violentos abrazos hoy pudiera forzarle si quisiera, no me agrada la voluntad forzada, y al contrario el amor voluntario me combate; de remedio se trate que me abraso, mi sol, mi luz, mi fe.

LIDORA: Paso, Constantino.

CONSTANTINO: Si me amas, determino hacer que Oriente dé perlas a tu frente y cuanto abarca; serás griega monarca y reina sola; mandarás a Carola.

LIDORA: (¡Oh interés loco! **Aparte** Venciste poco a poco, mucho puedes; cazáronme tus redes.)

CONSTANTINO: ¿Correspondes a mi amor? ¿Qué respondes?

LIDORA: Que, pues fuerza
no me has hecho, me fuerza no haberla hecho
a que dentro del pecho te reciba.
CONSTANTINO: ¡Viva Lidora, viva tu hermosura!
¡Ya es cierta mi ventura!
LIDORA: El cómo traza,
y adiós, que me embaraza la vergüenza.
(¿Qué habrá en el mundo que interés no venza?) **Aparte**

Vase

CONSTANTINO: Sansón, ¿qué vale cuando al campo sale
con las puertas a cuestras que de Gaza
arranca fiero, si una mujer traza
que en la tahona, ciego, a un bruto iguale?
¿Qué vale Alcides con amor; qué vale
cuando leones vence y despedaza,
si vuelta rueca su invencible maza
a hilar le obligan el amor y Onfale?
Sardanapalo, no tuvo vergüenza
cuando sentado cual mujer le vieron
desceñirse la rueca por regalo.
¿Qué mucho, pues, que una mujer me venza,
no siendo yo más fuerte que lo fueron
Sansón, Alcides y Sardanapalo?

Sale LEONCIO

LEONCIO: ¿Yo competencia a un César? ¿Yo a su dama
amor? Cielos, ¿qué es esto? Mas, ¿qué importa
que compita en amar, si en el imperio
compito? ¿Una voz dulce no me ha dado
nombre de emperador? Pues si pretendo
lo más, que es el imperio, ¿qué milagro
que pretenda lo menos, que es Lidora?
Mas--¡ay!--vana ambición, déjame un poco,
que temo que me quieres volver loco.
CONSTANTINO: ¡Leoncio!
LEONCIO: Gran señor.
CONSTANTINO: Ya dió Lidora
el deseado sí de mi esperanza;
el tálamo aprestado aquesta noche
para Carola, quiero que lo ocupe
la Venus Cipria que me abrasa el alma.
LEONCIO: (¿Qué escucho, cielos? Pues, señor, ¿tú esposa? **Aparte**)
CONSTANTINO: No me la nombres; volveráse a Chipre
con su padre.
LEONCIO: ¿Qué dices, gran Monarca?
Hoy te acabas de desposar con ella,
¿y quieres con afrenta tan notable
que a su padre se torne?
CONSTANTINO: Pues ¿qué agravio
le puedo hacer, si antes de gozarla
a su padre la vuelvo?
LEONCIO: Dirá el mundo
mil oprobios de ti, y el rey, su padre,
podrá con justa causa hacerte guerra.
Mira, señor, que tienes en tu corte
a Roselio, su hermano, y que en sabiendo

el agravio que hacerle determinas
incitará a su padre a la venganza.
CONSTANTINO: Poco importa, que echándole de Grecia
y ocupándole lejos en la guerra
no sabrá mis intentos. El ejército
que está en Egipto contra el Soldán turco
no tiene capitán general, quiero
con este cargo honroso desterrarle
y hacer que allá le den veneno o muerte,
quitaremos de en medio aqueste estorbo.
Otra dificultad hay mayor que ésa,
que es el estar mi madre viva y libre,
y temo que si ve mis desvaríos
ha de quitarme libertad e imperio;
que la adoran de suerte los soldados
de toda Grecia, que me dicen lloran
por verla del imperio retirada.
Pero si con prenderla quedo libre,
prenderéla.

LEONCIO: ¿Qué dices?

CONSTANTINO: Pues ¿es mucho
que por asegurar mi gusto, prenda
a mi padre, mi madre y mi linaje?
De aquesta suerte viviré seguro.
Tomaré por achaque de prenderla
que levantarse quiso. Llama a Andronio
y haz que a mi madre ponga en una torre,
y toma aquesta llave de mi cámara,
y engañando a Carola, haz que a Lidora
en su lugar aquesta noche goce,
que yo voy luego a despachar a Egipto
a Roselio; que importa que se parta
para quitar estorbos a mi gusto.

Vase

LEONCIO: ¡Ay ciego Emperador! ¡Ay loco Augusto!
No querrá el cielo ni mi amor que goces
aquesta noche a quien el alma he dado.
La llave de su cámara es aquésta,
yo haré que entienda ser Lidora hermosa
la que le aguarda en su lasciva cama,
cuando a acostarse vaya, y que esté en ella
la pobre emperatriz que ya aborrece;
que yendo a obscuras con silencio mudo,
creyendo que es Lidora la que aguarda,
no se sabrá mi provechoso enredo
y yo a Lidora gozaré con nombre,
esta noche, del César Constantino.
Buena traza es ésta si se logra;
yo voy a ejecutarla, aunque la vida
pierda, que por tal prenda es bien perdida.

**Salen FLORILLO, DINAMPO, ITALIO y TARSO, pastores, y
MELISA, y detrás de ellos IRENE, la cual se sienta**

TARSO: Perdone la cortedad
de vueso pruebo grosero
su mercé, y mire primero

que al don a la voluntad.

Que a ser tan rica como ella
con tales veras mostrara
su amor, que se aventajara
a todo el imperio en ella.

Alcaldes, concejo y gente
del puebro, a su señoría
un pobre presente envía;
pero basta ser presente.

Seis mozas en delantera
van compuestas y garridas,
que en seis fuentes escogidas
de la más limpia espetera,
llevan cubiertas de flor
rosas y tortas cuajadas
de miel, que fueron masadas
hoy por la del herrador.

También llevan confitura
poca, porque cara cuesta,
que ayer compró media cesta
en Constantinopla el cura.

Luego se siguen seis mozos,
los más apuestos y ricos,
todos con nuevos pellicos
y todos con rubios bozos,
que andando con pasos graves
llevan de palos pendientes
mil regalos diferentes
de conejos, liebres y aves.

Tras ellos van cien cabritos
de mil colores y modos,
unos más que el ampo todos,
otros de manchas escritos,
que llevan en medio de ellos
dos terneras señaladas,
con campanillas doradas
de los arrugados cuellos.

Después van doce zagales
con otras tantas doncellas,
cargados ellos y ellas
de requesones, panales,
quesos que el tiempo conserva,
cuajada, natas, mantecas,
y frutas verdes y secas,
hasta el níspero y la serva.

Todo aquesto humilde ofrece
el lugar a su mercé,
pobre en obras, rico en fe,
que es lo que más le engrandece;
y yo un alma le presento,
contenta ahora sin tasa,
tan ancha como la casa
que le ha de dar aposento.

MELISA: ¡Qué bien lo ha despotricado
el diablo!

DINAMPO: Como discreto.

FLORITO: Basta ser poeta.

DINAMPO: Poeto
diréis, que es hombre y barbado.

IRENE: Yo estoy muy agradecida
al lugar por el cuidado

vuestra Alteza.
 IRENE: ¿A qué os envía
 a mi casa, Constantino?
 Que en veros así adivino
 alguna desgracia mía.
 ANDRONIO: Sabe Dios lo que me pesa
 que me lo mandara a mí.
 IRENE: ¿Qué os ha mandado? Decí.
 ANDRONIO: Que lleve a una torre presa
 a vuestra alteza.
 TARSO: ¿Qué dijo?
 FLORILO: Presa parece que oí.
 IRENE: ¿Mi hijo me prende a mí?
 ANDRONIO: Sí, señora.
 IRENE: ¿Qué buen hijo!
 ANDRONIO: En una torre me manda
 que os ponga guardas.
 IRENE: Pues ¿qué
 le han dicho de mí?
 ANDRONIO: No sé.
 IRENE: Yo sí, que bueno el mundo anda.
 No es muy difícil saber
 que, pues a Nerón se iguala,
 si me prende, no es por mala,
 mas porque él lo pueda ser.
 Que viva en prisión ordena
 porque no lo esté su antojo,
 que la reprehensión al ojo
 mil liviandades refrena.
 Y pues prenderme ha mandado
 cuando sus vicios refreno,
 despedazar quiere el freno
 para correr desbocado.
 Corra, que este vituperio
 venganza vendrá a tener,
 que yo sé que ha de correr
 hasta atropellar su imperio.
 ¿Dónde Constantino está?
 ANDRONIO: En la casa de placer
 del monte.
 IRENE: Quiérole ver;
 llevadme primero allá.
 ANDRONIO: No puedo en eso serviros,
 y de ello el alma se corre;
 luego manda que a una torre
 os lleve, sin consentiros,
 señora, que a su presencia
 lleguéis.
 IRENE: ¿Aqueso os mandó?
 ANDRONIO: Plugiera al cielo que yo
 pudiese hacerlo.
 IRENE: Paciencia.
 Vamos, pues lo manda así.
 Amigos, adiós, adiós.
 TARSO: Yo, señora, iré con vos;
 de mí, señora, os serví;
 yo iré en vuestra compañía.
 IRENE: No, Tarso; ya querrá el cielo
 que vuelva a ver este suelo
 con más contento algún día.
 TARSO: Quedando sin vos me aflijo.

IRENE: Adiós; vamos de aquí, Andronio.

Llévanla

DINAMPO: ¿Aquéste es hijo o demonio?
TARSO: Demonio sí, mas no hijo.

Vanse todos. Sale CAROLA sola

CAROLA: Blasone el hombre arrogante
que es un diamante en sus hechos,
que hoy he visto en un instante
que hay diamantes contrahechos
y que se quiebra el diamante.
Bien puede ser este error,
y el hombre, por varios modos,
ser firme, y más en amor,
mas conmigo pierden todos
hoy por el Emperador;
porque si bien me quisiera
con más amor me mirara;
pero, si me aborreciera,
el desposorio aguardara
que en Constantinopla fuera.
Declarad, piadosos cielos,
este caos de mis recelos,
este nuevo laberinto,
aqueste infierno que os pinto
de confusión y de celos.
Este enigma que se ofrece
el alma confusa aquí,
pues Constantino parece
que amándome a mi sin mí,
cuando me ama me aborrece.

Sale LIDORA

LIDORA: ¿En qué andáis, travieso Amor?
Mas ¿diréis que no es error
el que aquesta noche hiciste,
cuando la fuerza rendiste
de mi honra al emperador;
y que si la gente infama
la mujer con justa ley
que así mancha su honra y fama
no pierde nada si un rey
su amor solicita y ama?
Murmúrese, pues, mi exceso
que haber dado ser y honor,
..... [-eso]
porque de un Emperador
esposa ser intereso.

CAROLA: Lidora, ¿qué suspensión
os trae confusa y sin calma?

LIDORA: Nuevos pensamientos son
y pretensiones de un alma
que ya se juzga Faetón.

CAROLA: ¿Faetón? ¿Tan alta subida

de descalzarme los pies.

Mas, cuando estés coronada,
¿no te parece, Lidora,
que quedaré más honrada,
pues tendré, siendo señora,
una emperatriz criada?

LIDORA: Norabuena sea así;
resulte la honra en tí
y yo goce tu apellido,
que si hasta aquí te he servido,
tú me servirás a mí.

CAROLA: ¿Yo a ti, soez, baja, loca?
Cuando el laurel imperial
me quite mi dicha poca,
¿no soy yo de sangre real?
¿Y tú?

LIDORA: Refrena la boca,
que si mi enojo echa el resto,
haréte arrepentir presto.

CAROLA: ¿A mí? ¡Ramera de Grecia!
¡Malnacida!

LIDORA: Toma, necia.

Dale LIDORA a CAROLA un bofetón

CAROLA: ¡Ay, Dios! ¿Bofetón?

Salen CONSTANTINO, LEONCID y ANDRONIO

CONSTANTINO: ¿Qué es esto?

LIDORA: (Constantino viene aquí; **Aparte**
fingiré que recibí
el bofetón que di.) ¡Ay, Dios!

CONSTANTINO: ¡Lidora mía!

LIDORA: ¿Por vos
tienen de tratarme así?
¿Por vos injuria tan clara?
¿Por vos llamarme ramera?
¿Por vos la mano en mi cara
la infanta?

CONSTANTINO: ¡La infanta muera!

CAROLA: (¿Vióse insolencia más rara? **Aparte**

Mas para que con razón
todo en aquesta ocasión
ande al revés, no me espanto
que ésta forme queja y llanto
y yo llevé el bofetón.

Más vale que pase así;
y aunque yo sea la injuriada,
que piense el mundo que di
bofetón a mi criada,
no que le recibí.)

A ellos

Es verdad; yo castigué
a quien tan soberbia fue
que se descomidió agora

CONSTANTINO: contra su propia señora.
Pues, ¿cómo el cielo, que
 ve su bella luna eclipsada,
 con un castigo ejemplar
 no la ha dejado vengada?

CAROLA: Pues, ¿es nuevo castigar
 la señora a su criada?

CONSTANTINO: Calla, asombro de mi gusto.
 Llévala presa.

LEONCIO: Señora,
 tener paciencia aquí es justo.
 (No sabrá así que a Lidora **Aparte**
 anoche gocé, el agosto.)

CONSTANTINO: Vamos, que con palio honroso
 vuestro nombre haré famoso
 en venganza de esta afrenta,
 siendo con fiesta opulenta,
 bella prenda, vuestro esposo.
 Ea, pues, que ya es razón
 que cese aquesa pasión,
 mi bien. Basta ya, vení.

LIDORA: ¿Suélese olvidar así
 la injuria de un bofetón?

Vanse CONSTANTINO y LIDORA

CAROLA: Vamos, pues gusta que presa
 padezca, el emperador.

LEONCIO: Mientras que su enojo cesa,
 sufrid aqúeste rigor,
 infanta, que de él me pesa.

CAROLA: ¿Qué bueno anda el mundo ahora!
 Despreciada la señora;
 antepuesta la criada;
 presa la que está injuriada,
 con honra la que es traidora.
 ¿La que descalzó mis pies,
 entronizada en el puesto
 del imperio! Mas poco
 es en la república aqúesto,
 que es república al revés.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salen LIDORA y CLODIO vestidos de camino

CLODIO: Tan lleno de pesares
 quedé cuando partiste,
 que con el menor de ellos
 fue mucho no morirme.
 Maldije el griego imperio
 y a la infanta maldije,
 que fue ocasión, señora,
 de aquella ausencia triste.
 En ella de mi pena
 pensaba divertirme
 con ejercicios varios,
 sin tu presencia viles.
 Salí a cazar mil veces,
 y otras tantas volvíme,
 porque me daban caza
 pensamientos terribles.
 Perdía si jugaba,
 que como perdió Chipre
 tu agradable presencia,
 perdiéndose él, perdíme.
 Quisieron mis amigos
 con pláticas sutiles
 entretener mis penas;
 mas como siempre aflige
 al que es discreto el necio,
 al soberbio el humilde,
 y al avariento el pobre,
 así al amante el libre.
 Con otras hermosuras
 poner remedio quise
 al fuego que en el alma,
 en viéndote, encendiste.
 Mas era echar más leña,
 porque es necio el que dice
 que el amor más constante
 con otro amor se rinde.
 En fin, cuantos remedios
 en su *Ars amandi* escribe
 Ovidio, el desterrado,
 tantos propuse e hice.
 Mas como al que es de muerte
 de tormento le sirven
 las medicinas varias
 que el médico apercibe,
 empeoré con ellos;
 ¡mal haya amén, quien dice
 que es remedio la ausencia
 para que amor se olvide!
 ¡Qué de veces rondaba

las paredes felices
que habitación te dieron
cuando mi mal oíste!
¡Y qué de veces, loco,
desde tus rejas quise,
llamándote, Anajarte,
representar un Iphis!
Las sabrosas palabras
y prendas que me diste
eran de mi naufragio
la tabla conveniente.
Mas todo aquesto era,
sin verte, hermosa Circe,
cual vela que se acaba,
arder para morirme.
Vime, en fin, tan enfermo,
tan desahuciado vime,
que hacer una novena
a tu hermosura quise.
Llegué a Constantinopla;
y apenas de un esquife
a tierra salté, cuando
en un carro sublime
de perlas, marfil y oro,
mis ojos hechos lince,
te vi llevar debajo
de un rico palio; ¡ay triste!
Creí que me engañaba;
llegué a un hombre y le dije,
"¿Carola no es aquélla,
hija del Rey de Chipre?"
Respondió, "No es la Infanta
que esa dama infelice
trajo consigo el daño
que su ventura oprime.
Una criada es suya
a quien el César rinde
la cerviz de su imperio
porque es de su amor Circe."
Quedéme casi muerto,
y vi que el vulgo libre
te echaba maldiciones,
y aun yo ayudarle quise;
y de mi muerte cierto,
pues miro ya imposible
mi débil esperanza,
antes que se marchite,
busqué ocasión de darte,
crüel más que Bisiris,
el parabién del lauro
que en tu cabeza ciñes.
¿Quién duda que si antes
amando, me tuviste
en Chipre por tu Adonis,
aquí seré Tersites?
Ya pisas oro y perlas,
diamantes y rubíes,
¿quién duda que con ellos
también mis dichas pisas?
Castíguente los cielos;
pero no te castiguen,

sino que con mi muerte
de tanto mal me libren.
LIDORA: ¡Qué extraordinario gusto
me da, Clodio, el oírte
aquesas tiernas quejas
que dentro el alma imprimes!
¡Oh, qué contento causan
los celos apacibles
tras una larga ausencia
de dos amantes firmes!
Muy bien venido seas,
deja temores viles,
que aunque el imperio gozo,
no es ocasión que olvide
el abecé primero
que el alma estudió en Chipre,
cuando de esclava tuya
la argolla le pusiste.
Mi hermano finge que eres,
que yo haré, si lo finges,
que rijas el imperio.
CLODIO: Cesó el oscuro eclipse
de mis confusos celos;
aquesos brazos ciñe
a mi dichoso cuello,
que hoy miro un imposible
en ti, mi bien, pues eres
mujer y mujer firme.
LIDORA: El César, Clodio, viene.
CLODIO: Yo haré lo que me dices.

***Salen CONSTANTINO, HONORATO, senador viejo, LEONCIO,
MACRINO, ANDRONIO y otros***

CONSTANTINO: ¿Qué es lo que me pide, pues,
el senado?
HONORATO: Cosas justas,
que diré, señor, si gustas.
CONSTANTINO: Dilas.
HONORATO: La primera es
suplicarte toda Grecia,
y en nombre suyo el senado,
en albricias del estado
que Dios te dio, si es que precia
tu alteza su autoridad,
que les des un día feliz
poniendo a su emperatriz,
y tu madre, en libertad.
Y piensa que hacerlo así
como el senado te exhorta,
aunque mucho nos importa,
más, señor, te importa a ti.
Porque las murmuraciones
del vulgo y de los soldados
que por ella gobernados
vencieron tantas naciones,
publican que es vituperio
de Grecia y de su nación
que consientan en prisión
a quien defendió su imperio.

Todas la lloran y, en fin,
como la aman en extremo,
si dura su prisión, temo
algún popular motín.

CONSTANTINO:

¿Piden más?

HONORATO:

Sí, que a la infanta
de Chipre, pues es tu esposa,
tan discreta, tan hermosa,
tan prudente, honesta y santa,
el nombre y estado des
que goza quien le ha usurpado;
y que pues te has desposado
con ella, es razón que estés
advertido que no puedes,
mientras viviere, tener
a Lidora por mujer,
pues los límites excedes
de la ley que puso Dios,
cuando justamente veda
que ningún cristiano pueda
vivir casado con dos.

Éste es el consejo sabio
que te suplican que admitas,
gran monarca. No permitas
el intolerable agravio
con que Irene, presa está;
mira que tu madre Irene
en pie aqieste imperio tiene,
que ya cayendo se va.

Si a clemencia te provoco
no dejes de ejecutalla;
mira, invicto César...

CONSTANTINO:

Calla;
no digas más, viejo loco.

¿Qué donosa petición
para gobernar mi estado!
Hoy verá el griego senado
en mí un Cómodo, un Nerón.

¿Él ha de regirme a mí?
¿Es éste el mundo al revés?

HONORATO:

Ni aquese nombre le des
ni te alborotes así;
que si envía a suplicarte
lo que he venido a advertirte,
no es, señor, para regirte,
sino para aconsejarte.

¿Qué monarca o rey desprecia
el consejo, si es prudente?

CONSTANTINO:

Yo basto y soy suficiente
para gobernar a Grecia.

El senado no ha de dar,
sin pedirle, parecer,
que él sólo ha de obedecer
y yo solo he de mandar.

Sus livianos pareceres
muestran lo que han estudiado;
yo haré de su vil senado
un senado de mujeres.

Basta, que es donoso cuento
que con livianos consejos
me quieran dar cuatro viejos

mujer a mi descontento.

Si a mi madre tengo presa
es porque viva en sosiego
mi estado e imperio griego,
y si al senado le pesa
de que la tenga en prisión,
no ignora la deslealtad,
que en dándola libertad
ha de intentar su traición.

Ya sé que quiere que torne
al trono imperial que pierde,
y que con el lauro verde
su frente otra vez adorne.

HONORATO:

Mira, gran señor...

CONSTANTINO:

Ya es tarde;
vuestro intento es manifiesto.
Yo lo remediaré presto.
Parte al senado cobarde
con los soldados, Macrino,
de mi guarda, y prende luego
todo ese senado ciego
autor de tal desatino;
y con basquiñas y tocas,
para que el vulgo provoques,
ponles ruelas por estoques,
que sus pretensiones locas
declaren, y de esta traza,
porque mejor los convenza
su locura, a la vergüenza
estén todo hoy en la plaza;
porque soy de parecer
que como mujeres vean
los que el imperio desean
que gobierne una mujer.
Y a este loco y vano viejo
en ella le harás colgar,
que así le quiero pagar
su locura o su consejo.

HONORATO:

Señor...

CONSTANTINO:

Llévalos.

HONORATO:

Advierte...

CONSTANTINO:

Ea, llévalos de aquí.

HONORATO:

Ejecuta luego en mí
este castigo, esa muerte,
y deja libre el senado,
que es en tu imperio el espejo
de la prudencia y consejo.

CONSTANTINO:

Buenas muestras de esto han dado.
¿Qué aguardas?, llévalos pues.

MACRINO:

Ya, gran señor, te obedezco.

HONORATO:

Por dar consejos padezco.
¡Ay República al revés!

Llévale MACRINO

CONSTANTINO:

Andronio.

ANDRONIO:

¿Gran señor?

CONSTANTINO:

Corre
donde mi madre está presa
y con diligencia y priesa,

dentro de la misma torre
la da un garrote.

ANDRONIO: ¿Qué dices?

CONSTANTINO: ¿A tu madre? ¡Ola! También
a aquéste muerte le den.

ANDRONIO: ¿A mí?

CONSTANTINO: No te escandalices;
o a mi madre mata, o muere.

ANDRONIO: Yo haré, señor, lo que mandas.
¡Ay mundo, y qué al revés andas!

Vase

CONSTANTINO: Si el imperio darle quiere
su silla, justo es me cuadre
la seguridad que elijo,
que no seré el primer hijo
que dé la muerte a su madre.
Leoncio, ve por Carola.

LEONCIO: Yo voy.

Vase

CONSTANTINO: Quiero que a su tierra
se vuelva, y hágame guerra
su padre, que si enarbola
el mundo sus estandartes
contra mí, poco el mundo es,
que pues se cayó a mis pies,
no temo sus cuatro partes.
Sólo con rigor se doma
este extraño monstruo griego,
que estoy por ponerle fuego
como Nerón hizo a Roma.

LIDORA: ¿Tan enojado, señor?

CONSTANTINO: La luz de esos bellos ojos
desterraron mis enojos;
ya se acabó mi rigor.

LIDORA: ¿Con quién la cólera ha sido?

CONSTANTINO: Contra quien privarme gusta
de vos; mirad si es bien justa.

LIDORA: ¿Cómo?

CONSTANTINO: Hanme persuadido
a que, viviendo la infanta,
vos no podéis ser mi esposa.

LIDORA: Remediarlo es fácil cosa,
dadla muerte.

CONSTANTINO: Crueldad tanta
no es bien que de mí se piense;
a su padre la enviaré,
y ausente una vez, yo haré
que el patriarca dispense
en nuestras bodas. ¿Quién es
el que está con vos, señora?

CLODIO: Hermano soy de Lidora;
dame a besar estos pies.

CONSTANTINO: ¿Qué dices?

LIDORA: Hermano es mío,
que a asistir en tu servicio
viene de Chipre.

CONSTANTINO: Da indicio
de serlo su talle y brío;
y pues es ya mi cuñado,
justo es honrarle desde hoy;
el cargo noble le doy
de secretario de estado,
que es oficio de valor.

CLODIO: Haga tu nombre imperial
la fama y tiempo inmortal.

LIDORA: Danos esos pies, señor.

CONSTANTINO: ¿Cómo es tu nombre?

CLODIO: Liberio.
(Como me mudé en otro hombre
también quiero mudar nombre.) **Aparte**

CONSTANTINO: Tú gobernarás mi imperio.

Salen LEONCIO y CAROLA

LEONCIO: Aquí está, señor, la infanta.

CONSTANTINO: Seáis, señora, bien venida.
Sentaos.

Siéntanse los tres

CAROLA. (¡Ay Dios, si la vida
feneciese en pena tanta!) **Aparte**

LEONCIO: (Agora el emperador
viene a saber mi delito,
y si el castigo no evito
mataráme su rigor. **Aparte**
Adiós inútil privanza,
que no halla otro remedio
como poner tierra en medio
de mi vida la esperanza.
Grecia, adiós, que de este modo
librar mi vida procuro,
pues mal viviré seguro
donde anda revuelto todo.)

Vase

CONSTANTINO: Sabe el cielo el descontento
que me causa el no poder,
infanta, satisfacer
vuestro justo sentimiento.
Viniste de Chipre a Grecia
a darme mano de esposa,
y fuérades venturosa
si, como os estima y precia
mi conocimiento, os diera
posesión mi voluntad
y al peso de la beldad,
que en vos confiesa, os quisiera.
Sólo sigue sus antojos
Amor, cuando un alma exalta,

que por tener esta falta
le suelen pintar sin ojos.
Y pues son las calidades
del Amor cierta influencia,
lazada o correspondencia
que anuda dos voluntades,
y aquésta el cielo ha querido
que nos falte a mí y a vos,
habiendo este ciego dios
para mi esposa escogido
a Lidora, será fuerza
que admitiendo mi disculpa,
y echando al Amor la culpa
que a la razón vence y fuerza,
a vuestro reino os tornéis,
que vuestra mucha hermosura
y grandeza os asegura,
señora, que cobraréis
pronto el contento perdido,
siendo de algún rey esposa
con quien seáis más dichosa
que conmigo lo habéis sido.
Yo he escrito al rey, vuestro padre,
infanta, el caso presente
que, siendo como es prudente,
no dudaré que le cuadre.
Y en volviendo de la guerra
el infante, vuestro hermano,
premiándole de mi mano
se volverá a vuestra tierra.
¿Cuándo intentáis de partiros?
Cuando la vida se parta;
que ya de desdichas harta
se va partiendo en suspiros.

CAROLA:

Monarca de todo oriente,
querido esposo y señor,
que este título he de darte
aunque otra me le usurpó,
la prueba de mi paciencia,
la fuerza de mi razón,
las quejas de mis agravios,
la pérdida de mi honor,
todas tu dureza ablanden
y con ellas el amor
que va creciendo en mi pecho
al paso de tu rigor.
Dicen que un retrato mío
que miraste fue ocasión
de pedirme por esposa
al rey, mi padre y señor.
¡Mal haya el pincel, la tabla,
la idea, mano y color
que vida a mi imagen dieron,
pues mi muerte ahora son!
Pudo ser que en mi belleza
mintiese el sutil pintor
y que, visto el desengaño,
causase tu desamor;
mas si la propia alabanza
es justa en la oposición

presente porque redima
con ella mi obligación,
bien sabe Grecia, y tú sabes,
cuántos los príncipes son
que por mi causa han sufrido
más que por Raquel Jacob.
Y entre todos te escogí,
no por ser emperador
de Grecia, sino por serlo
del alma que te adoró.
¿Por qué, pues, con tal crueldad,
ya que imitas a Absalón
en belleza, quieres serlo
en el desdén y el rigor?
Mas no puede persuadirse
mi afligido corazón
que le desprecies de veras.
¿Es así? Yo sé que no.
Si ha sido para probar
de mi fineza el valor,
mi lealtad y sufrimiento,
bien ves cuán de prueba soy.
¿No doy ventaja en quererte
a cuantas mujeres, dió
en el amor conyugal
nombre la fama veloz?
Ni amaron a sus maridos
con más firmeza que yo
Porcia, Penélope, Julia,
Evadnes, Pantea y Michol.
No permitas, César, pues,
que volviendo a Chipre yo,
mi infamia y deshonra
vea el padre que me engendró.
Abre primero este pecho,
y en él verás que estampó
tu imagen, siendo pinceles
sus llamas tiernas, Amor.
Ea, vierte aquesta sangre;
mas, ¡ay que tengo temor
que porque morir deseo
suspendes la ejecución!
Mas, pues, con tan poca dicha
la Fortuna el ser me dió
que aun para que me des muerte
quiere que busque favor,

De rodillas

postrada a tus pies, Lidora,
te suplico, si es que yo
merezco algo, porque he sido
de tu dicha la ocasión,
que de Constantino alcance
mi muerte tu intercesión,
siquiera porque os gocéis
con buen título los dos.
Ves aquí al revés el mundo.
A tus pies postrada estoy,
y, pues que pisan el orbe,

sobre mi cara los pon,
que no es mucho que los pies
ponga en ella quien osó
poner las manos el día
que me diste un bofetón.

Levántase

¡Cielos! ¿Que aun morir no alcanzo
pero ¿cuándo lo alcanzó
el perseguido infelice?
Ni ¿quién lo fue más que yo?
Mas ¿qué digo, esposo mío?
Tu obediente mujer soy;
donde quisieres me lleva,
contenta a mi patria voy;
que en medio de las injurias
de tu desdén y el dolor
de mi padre, estaré alegre
por ver que el cielo me dió
para consolar mis males
fruto de la primer flor
que en el tálamo cogiste,
con ser dueño, cual ladrón.
Dentro en mis entrañas siento
prenda tuya; quiera Dios
que a luz salga...

CONSTANTINO: ¿Prenda mía?

¿Cómo es eso?

CAROLA: Luego, ¿no?

CONSTANTINO: ¿Estás fuera de ti, infanta?
¿Cuándo te he gozado yo?

CAROLA: ¿Querrás negarlo también?
No fue en vano mi temor;
la obscuridad de la noche
que el cielo me desposó
contigo sabe que he dicho
la verdad.

CONSTANTINO: Aquí hay traición.

A LIDORA

La noche del desposorio,
¿no fuisteis, señora, vos
quien hizo mi dicha cierta?
LIDORA: Vuestra esposa fui, señor.
CAROLA: ¿Qué es esto que escucho, cielos?
¿Qué oís, triste corazón?
¿Con tan grande testimonio
os quieren manchar, honor?
Ya no es posible tener
paciencia; tu pretensión
entiendo, monstruo del mundo;
ya sé que queréis los dos
acusarme de adulterio
para que podáis mejor
con aparentes disculpas
gozar vuestro infame amor.

No en vano con tal recato
me entraste a engañar, traidor,
la noche de mi desdicha;
ya he entendido la ficción
que tan confusa me tuvo
cuando aquesa misma voz
me llamaba su Lidora,
su luz, su cielo, su sol.
Por engañarme lo hiciste.

CONSTANTINO: ¿Vió el mundo tal confusión?
¿Qué es de Leoncio? Llamadle.
SOLDADO 1: A llamarle, señor, voy.
CAROLA: Querrás que testigo sea,
aunque falso, de este error,
y no me espanto, pues hubo
quien jurase contra Dios.
Bien trazado va tu enredo
aunque para mí no son
estas marañas bastantes,
que bien te conocí yo.

Sale quien fue a buscar a LEONCIO

SOLDADO 1: No hay quien en toda la casa
halle a Leoncio, señor.
Sólo un mozo de caballos
dice que ensillar mandó
uno de monte poco ha,
y que, mudado el color
del semblante, se fue solo.
CONSTANTINO: Leoncio me fue traidor.
Despachad postas tras él,
que a quien tuviese valor
de traerle, vivo o muerto,
le prometo en galardón
hacerle mi camarero.
SOLDADO 1: No habrá en la corte quien hoy
de tal premio codicioso
no vaya.

Vase

CONSTANTINO: Corra esta voz;
que si en mis manos cae vivo
y la tierra no tragó
su infame cuerpo, será
ejemplo su muerte atroz.
A un cuarto de mi palacio,
infanta, os retirad vos,
mientras que al ry vuestro padre
de este caso aviso doy.
En él quiero que estéis presa.
Guardas, de vista le pon.

Llévanla

CAROLA: ¡Dios, amparo de inocentes,
descubrid esta traición!

CONSTANTINO: Venid, Lidora querida;
que el cielo camino abrió
a medida de mi gusto
para gozarnos mejor.

LIDORA: (En todo soy venturosa, **Aparte**
mi secretario mayor
fingido hermano y amante
de veras.) Vamos, que hoy
quiero que sepas cuán firme
en mi amor primero estoy.

CLODIO: (¡Cielos! ¿qué mudanza es ésta?
¿Clodio, secretario yo?
Pero según anda el mundo
no me espanto.)

LIDORA: ¿Vienes?

CLODIO: Voy.
(¿Yo secretario del Cesar? **Aparte**
No caigamos plegue a Dios.)

**Vanse. Salen: TARSO, con una cesta abierta, e
ITALIO, pastores**

TARSO: Basta.

ITALIO: Villano, ¿por ti
me ha de despreciar Melisa?

TARSO: Como la primer camisa
que en mi vida me vestí
me acuerdo de ella.

ITALIO: Pastor,
tan loco de celos vivo,
que mientras lo estés, me privo
de vivir.

TARSO: Bravo favor.

ITALIO: O te has de ir de la comarca
o perder aquí la vida.

TARSO: ¿La vida? ¿Es barro? Escondida
debe haber otra en el arca.
Anda con Dios que estás loco.
Basta decir que aborrezco,
a Melisa y que os empezco
en vuestros amores poco.
Más sublime el vuelo tiene
mi amor, pues pica más alto,
que, aunque de méritos falto,
por lo menos ama a Irene.
Aquí un regalo la llevo,
Italio, quedaos con Dios.

ITALIO: Eso no; vivos los dos,
crecerá mi mal de nuevo.
Poco importa, Tarso esquivo,
que aborrezcas mi pastora,
si ella tu presencia adora.
Mientras que estuvieres vivo,

Saca ITALIO una daga

ha de morir mi espeperanza.
Muere tú porque ella viva.

TARSO: De la paciencia me priva
tu locura y mi venganza.

Saca TARSO otra daga y mátale

Toma, pues amas tan poco
la vida...

ITALIO: ¡Ay!

TARSO: Tu desconcierto
te mata; y más vales muerto
que vivir celoso y loco.

Murió; huir me conviene
antes que tenga noticia
del matador la justicia.
Mi sagrado será Irene.

Vase. Sale LEONCIO

LEONCIO: Pies perezosos, ¿qué es esto?
¡Huid! ¿Quién os entorpece,
que en el turbaros parece
que grillos en vos me han puesto?
¡Mas, ay! Que del malhechor
propio efecto el temor es,
y para turbar los pies
¿qué más grillos que el temor?
Tan atajado me hallo
de los que tras mí han venido,
que he tomado por partido
desjarretar el caballo
y esconderme en la espesura
de este monte, mas ¿qué importa?
Que si mi dicha es tan corta
y el emperador procura
matarme, no ha de haber donde,
vida, estéis segura vos,
porque un rey es como Dios
que ninguno se le esconde.

Tropieza con el muerto

¡Jesús! En medio el camino
o durmiendo, o muerto está
un hombre. Agüero será
del mortal fin que imagino.

Quiero hacerle que despierte.
Hombre, ¿duermes? ¿Qué pretendo,
si he visto que está durmiendo
en la cama de la muerte?

¡Válgame Dios! Ya adivino
de mi fin el triste punto,
pues ha salido un difunto
para enseñarme el camino.

Porque el salir de esta suerte
un hombre al paso en tal caso
es para enseñarme el paso
que hay de la vida a la muerte.

Mas, ánimo, corazón,

que para enseñaros muestra
la necesidad, maestra
de enredos, una invención.
Venid, difunto, que en medio
de esta selva entretejida,
seréis, aunque estáis sin vida,
hoy de mi vida el remedio.

**Llévale. Salen los PASTORES y con ellos dos
GUARDAS del emperador. DAMÓN sale como alcalde**

GUARDA 1: Ya os dije el traje y las señas.
DAMÓN: Bien las sé, pierda cuidado.
FLORILLO: Estar debe agazapado
como liebre entre estas peñas.
GUARDA 2: Si le halláredes, os hace
de su cámara el agosto.
DAMÓN: ¿De su cámara? No gusto
de ese cargo; no me place.
FLORILLO: Ofrezco al diablo el oficio
de cámaras.
DAMÓN: Yo os le doy;
si de su cámara soy,
querrá que esté a su servicio.
GUARDA 1: Es dignidad noble y grave.
DAMÓN: Sí será; mas huele mal.
GUARDA 1: Tiene el que es más principal
de su cámara la llave;
mirad si es gran preeminencia.
DAMÓN: Si de su cámara da
la llave, nunca podrá
hacerla sin su licencia.
¡Pardiez! Si no se me escapa,
y camarón me han de hacer,
que he de ir a Roma a ser
de la cámara del Papa.

**Vanse. Saca LEONCIO el muerto ensangrentadas cara y
manos y trocados los vestidos**

LEONCIO: La cara le he desollado,
y con mi propio vestido
él es Leoncio fingido,
y yo un pastor disfrazado.
Aquí no importa dejarle,
porque guardas y justicia
si a Leoncio hallar codicia,
le venga a hallar sin hallarle.
Adiós, que en este desierto
los dos hacemos el vivo;
un muerto yo que está vivo,
vos un vivo que está muerto.

Vase. Salen los PASTORES y los GUARDAS

FLORILLO: Por aquí sentí ruido.
DAMÓN: Llegad paso, no se asombre
y se nos vaya.

pastor, que a Irene comuniqués y hables;
entra y despacha luego.

TARSO: Desde hoy quedo
por tu esclavo.

ANDRONIO: Sea breve la salida.

vase TARSO

ANDRONIO: ¡Que persuadirme a tal delito puedo!
¡Que quiera hacerme bárbaro homicida,

el César, de su madre y su señora!
¡La vida quite a quien le dio la vida!

Pero buena ocasión se ofrece ahora,
amor, lealtad, temor dentro del pecho,
que a Irene va a matar y a Irene adora.

¿Es posible que el breve trato ha hecho
tan grande efecto en mí que amor de Irene
ponga mi libertad en tal estrecho?

¿Yo a Irene amor? ¿a quien el mundo tiene
por maravilla suya? ¿no es más justo
que este apetito la razón refrene?

Mas ¿cómo ha de poder, si corre el gusto
a rienda suelta, y la pasión ha roto
de la sabia prudencia el freno justo?

Navega mi deseo en mar ignoto,
¿qué mucho que me anegue siendo ciego
de aquesta pobre barca el vil piloto?

¿La estopa no se abrasa junto al fuego?
¿Está junto al ladrón seguro el oro?
Hacienda por el mar, dinero en juego,
todo corre peligro, y yo que adoro
de mi divina presa la hermosura,
perdonen mi deslealtad y su decoro,
gozar quiero primero mi ventura
y luego darla muerte, pues me ofrece
mi amor y el César esta coyuntura.

Atrevimiento extraño me parece,
pero, si ha de morir, mi desatino
no se sabrá jamás. Pues ya anochece
yo, quiero dar contento a Constantino
y a mi fuego amoroso. De este modo...

¡Mas ay! Que voy a hacer un desatino;
pero si así mi amor hoy acomodo,
aunque sea traidor, alma, buen pecho;
que andando como anda el mundo todo,
necedad es andar a lo derecho.

Vase. Salen IRENE y TARSO

TARSO: Yo sé que el emperador
ha mandado darte muerte,
y será fácil ponerte
en salvo si de pastor
te vistes, y en mi lugar
sales, pues la noche oscura
cualquier engaño asegura.
Ea, vamos a trocar
los vestidos.

IRENE: Dete Grecia,
Tarso, la palma y laurel,
por el más leal y fiel
que el siglo presente precia;
que yo, aunque te cause espanto,
antes en morir me fundo,
que en sufrir que pierda el mundo
un hombre que vale tanto.
Vete con Dios, que me aflijo
de que con tal desengaño
me dé la vida un extraño
cuando me la quita un hijo.

TARSO: Yo me tengo de dar muerte
si no procuras huir;
y pues tengo de morir,
señora, de cualquier suerte,
goza del tiempo oportuno;
salva la vida, por Dios;
que no es bien que mueran dos
pudiendo vivir el uno.
Mi trágico fin ordeno
si pones más intervalos.

IRENE: ¡Cielos, que entre tantos malos
haya un hombre que es tan bueno!

Vanse. Salen CONSTANTINO y el REY de Chipre

REY: Escríbesme que mi liviana hija
mi honra, gran señor, tiene manchada,
y espántaste de que el camino elija;
déjame hacer, su infamia averiguada,
y verás que en su torpe sangre dejo
la mancha triste de su honor lavada.
Mas ¿es posible que la que era espejo
de las mujeres, poderoso augusto,
la sangre injurie de su padre viejo?
¿Adúltera, Carola? ¡Cielo injusto!
¿Carola de un adulterio preñada?
Deja que dude, que el dudarlo es justo.
Carola en todo el mundo celebrada
por Vesta en castidad cuando doncella,
¿lasciva Venus es cuando casada?
Mil imposibles tiene tu querella;
perdóname si ves que dificulto,
que una pasión por todas atropella.

CONSTANTINO: A no ser cierto, rey, aqúeste insulto,
¿soy hombre yo, que había de afirmalle?
Grecia te lo dirá, que no es oculto,
y tuvieras razón para dudalle
si fuera menos yo y él más secreto,
y no se murmurara en cualquier calle.
Trata a tu emperador con más respeto,
que poner en mí duda es desacato,
y te castigaré.

REY: Vesme sujeto,
y en fin llegué a tu corte sin recato,
que yo sé que me hablaras de otra suerte
si me vieras con bélico aparato.
Mas, Constantino, la razón advierte
que me fuerza a temer y estar dudoso,

verás que es grande y mi sospecha fuerte.

El día mismo que te dió de esposo
nombre mi hija (--nunca te le diera--),
en el fuego de amor libidinoso
de una vil mujer, Circe hechicera,
según vengo informado, te encendiste,
fingiendo esta maraña, esta quimera.

Aparte

A tu madre en prisión crüel pusiste,
temiendo que a tu amor vano e injusto
pusiera fin, que, aunque mujer, temiste.

Si es prenda tuya, pues, invicto augusto,
la que tiene mi hija en sus entrañas,
¿por qué deshonra mi vejez tu gusto?

Ella lo jura así, cesen marañas,
pues hay de su inocencia mil indicios
que muestran que te engañan o me engañas.

Pobres, ricos, plebeyos y patricios
a Carola apellidan por señora,
y aun no sé si murmuran de tus vicios.

Pues si tienes tu madre presa ahora,
siendo de la virtud claro dechado,
y pospones mi hija por Lidora;

si has afrentado tu imperial senado,
que era la basa de tu griego imperio,
por habértelo justo aconsejado,

¿qué mucho que quien tiene en cautiverio
su esposa y madre ordene esta maraña
y finja aquel ilícito adulterio?

CONSTANTINO:

Si el dolor que tus canas acompaña
no me hicieran creer que estás sin seso,
fueras motivo de una crüel hazaña.

Si huyó el autor de aqueste vil suceso,
¿no es bastante ocasión que fue culpado
Leoncio, pues huyó? Déjate de eso,
y agradece que no te he castigado.

REY:

Pluguiese a Dios que aquí me dieses muerte
por no vivir confuso y afrentado;

que dos hijos me dió mi infeliz suerte
que vengarán mi vida.

CONSTANTINO:

Porque creas,
rey, que es verdad cuanto te digo, advierte.

Yo quiero hacer que aquesta noche veas
tu afrenta y desengaño, y que escondido,
testigo de tu mismo agravio seas.

No solamente el vil Leoncio ha sido
quien de Carola mancha el nombre honesto
y es el Eneas de esa casta Dido;

con la guarda mayor es manifiesto
que en la prisión su nombre y fama infama.

Tú propio puedes ser testigo de esto;

detrás de las cortinas de su cama
te puedes esconder, y por tus ojos
efectos ver de su lasciva llama.

Castiga sus ilícitos antojos,
que si en silencio tuve este suceso
fué por no acrecentar más tus enojos.

REY:

¿Válgame Dios! ¿Que a tan notable exceso
llega mi infamia? pues me dejáis vivo,
quitadme, cielos, con la honra el seso.

A ver este delito me apercibo.
Haz que no sepa, César, mi venida;

verás presto mi enojo vengativo,
y, adiós, que voy a entretener la vida
porque no se me acabe hasta que sea
de aquesta infame hija filicida
y mi venganza con mi muerte vea.

Vase. Salen CLODIO y LIDORA. CONSTANTINO retirado

CONSTANTINO: En brava confusión quedo.
¿Quién me ha enseñado a mentir;
y cómo podré cumplir
con mi fama y con mi enredo?

LIDORA: Esta noche gozarás
la esperanza que entretienes
si, como te digo, vienes,
Clodio, solo como estás,
y entras por la sala donde
guardan la infanta Carola,
que tiene una puerta sola
que a mi cuadra corresponde.
Ves aquí la llave de ella,
que ya te ha dado mi amor
la del alma.

CLODIO: Ese favor
estimo, Lidora bella.
¿Qué en tu dichoso retrete
tendrá fin mi pena?

LIDORA: Sí.

CLODIO: Quedo; el César está allí.

LIDORA: ¿Hate visto?

CLODIO: No.

LIDORA: Pues vete.

CLODIO: Adiós. (Noche perezosa, **Aparte**
a apresurar tu camino
me parto.)

Vase. Sale CONSTANTINO; luego UN CRIADO

LIDORA: ¿Mi Constantinol

CONSTANTINO: ¡Dulce y bellísima esposa!

LIDORA: ¿Qué pensamiento os divierte
y os tiene triste y suspenso?

CONSTANTINO: Una traza, mi bien, pienso
con que al de Chipre dar muerte,
que importa a nuestro reposo

Tocan cajas y sale un CRIADO

¿Qué es esto?

CRIADO: César invicto:
Roselio viene de Egipto
y su soldán victorioso.

CONSTANTINO: Él viene a buena ocasión;
premio su esfuerzo merece.
Un medio el cielo me ofrece
importante a mi intención.

A ver su entrada salgamos,
que es un famoso soldado.

Buena maraña he forjado;
mataránse los dos, vamos.

Vanse. Salen IRENE, de pastor, y ANDRONIO

IRENE: Tu lealtad al mundo asombre;
la fama te immortalice,
y en mármoles eternice,
pastor famoso, tu nombre.

ANDRONIO: ¿Vaste?

IRENE: Sí, que es largo el trecho
de nuestro pueblo y es tarde.

ANDRONIO: Anda con Dios.

IRENE: Él te guarde
y me saque de este estrecho.

Vase IRENE

ANDRONIO: ¿Contó jamás la mentirosa Fama

igual suceso y caso de esta suerte
en cuantas partes de sus plumas vierte
las nubes portentosas que derrama?

¿Contó jamás de un hombre que en la llama
se abrasa de Amor, dios cobarde y fuerte,
que pretenda gozar y dar la muerte
a un mismo tiempo a quien adora y ama?

Rigor es inaudito y sin segundo;
mas, por vivir, a hacerle me provoco,
pues en su ejecución mi vida fundo.

Cuente la Fama, pues, mi intento loco,
que yo sé que dirá después el mundo
que en un reino al revés todo esto es poco.

Vase. Salen SOLDADOS y sacan mesa, vela, dados y juegan

SOLDADO 1: Sacar dineros, soldados.

SOLDADO 2: ¿No hay harta noche?

SOLDADO 1: ¿Qué importa,
si la más larga es más corta
cuando se juega? Echen dados.
Pasé a nueve.

SOLDADO 2: Topo y gano,
los tres a once.

SOLDADO 3: Topo aquí y aquí.
¡Voto a Dios, gané!

SOLDADO 4: Perdí.
Venturosa fue esta mano.
Eche.

SOLDADO 2: A ocho he de parar,
¡esto!

SOLDADO 1: Pase, no le duela.

SOLDADO 3: Despabilen esa vela.

SOLDADO 2: Repárola.

SOLDADO 1: Topo.

SOLDADO 4: ¡Azar!

SOLDADO 2: Siete y llevar.

SOLDADO 1: Lléveme

el diablo si aquésta pierdo.

Salen TARSO, con el traje de IRENE, y ANDRONIO

ANDRONIO: No hay, señora, amante cuerdo;
Amor es ciego y no ve.

Dadme gusto, y vive Dios
que del fiero matricida
ponga en salvo vuestra vida
huyendo juntos los dos.

Ea, respondedme, pues
veis a lo que estoy dispuesto.

TARSO: (¡No faltaba más que aquesto
para andar todo al revés!

Aparte

Ya no puede durar nada,
habiendo luz, mi disfraz.
Ánimo, ciego rapaz,
quitarle quiero la espada.)

Quítale la espada a ANDRONIO

Hombre no más que en el nombre,
tu muerte tiene de ser
un hombre que hecho mujer
dará muestras de que es hombre.

Irene huyó; mi valor
la dió libertad.

ANDRONIO: Soldados,
dejad los infames dados,
matad a aqueste traidor.

Echan mano todos contra TARSO

SOLDADO 1: ¿Traidor? Traidora dirás.
¿No es mujer?

TARSO: Cuando lo fuera,
bastante una mujer era
para vosotros, y aun más.

ANDRONIO: Muera, que es un vil pastor.

TARSO: (Huid, que es lo que os conviene, **Aparte**
que con el traje de Irene
me ha vestido su valor.)

Vase

ANDRONIO: Seguidle, escuadrón cobarde.
SOLDADO 1: Vamos.

Vanse los SOLDADOS

ANDRONIO: ¡Ay, cielo enemigo!
el César me da un castigo
atroz, no es bien que le aguarde;
huyamos, pues, vida amada,
que estáis en notable estrecho.
¡Qué buena burla me han hecho

a no salir tan pesada!

Vase. Salen ROSELIO y CONSTANTINO

ROSELIO: ¿Mi hermana, cielos, manchó
 su sangre siendo liviana?
 ¡Jesús! ¿mi hermana? ¿mi hermana?
 ¿duermo? ¡Mas ay, Dios, que no!

CONSTANTINO: Yo os pondré, Roselio, en parte,
 donde del daño que digo,
 siendo vos propio el testigo,
 cojáis a Venus con Marte.

ROSELIO: Alto, pues, honra perdida.
 La venganza es bien que os cuadre;
 vamos, no sepa mi padre,
 señor, mi triste venida
 hasta que de mí colija
 que el cielo le quiso dar
 hijo que sabe vengar
 las infamias de su hija.

Vase

CONSTANTINO: Bien se traza de esta suerte;
 de noche es; haré, aunque ladre
 contra mí el vulgo, que un padre
 y un hijo se den la muerte.

Vase. Sale el REY de Chipre y luego ROSELIO

REY: Éste es el teatro, honor,
 donde el mundo representa,
 aunque a oscuras, nuestra afrenta,
 tu venganza y mi rigor.
 El papel tienes mejor.
 Sal, si decirle procuras,
 y si a mucho te aventuras
 a oscuras, no temas, llega,
 que pues la venganza es ciega
 bien puedes vengarte a oscuras.

Sale ROSELIO por la otra puerta

ROSELIO: Aquí me trajo el agosto,
 donde a oscuras he de ser
 lince, que tengo de ver
 mis agravios, ¡mundo injusto!
 A oscuras vengarme gusto;
 que si la luz es testigo
 de la deshonra que digo,
 saldráse a luz mi despecho,
 y delito a oscuras hecho
 a oscuras pide castigo.

REY: Parece que las pisadas
 del adúltero me avisan
 que sus plantas viles pisan
 de mi infamia las moradas;

ánimo, venas heladas,
dad a la venganza rienda
y no sufráis que os ofenda
sangre vil, sin sacar sangre;
que la afrenta que es de sangre
justo es que la sangre encienda.

Saca la daga

ROSELIO: Salid, vengativa daga,
y cuando pase, abrid paso
a su vida, que en tal caso,
sólo así mi honor se paga.
No sé, cielos, lo que haga;
temblando voy; mas, honor,
¿dónde está vuestro valor?

Saca otra daga ROSELIO

¿De qué tembláis, brazo flojo?
Mas también tiembla el enojo
cuando echa fuera el temor.

Sale CLODIO por en medio de ellos

CLODIO: Ésta es la dichosa hora
para mi ventura cierta,
y este el cuarto de la puerta
donde me aguarda Lidora.
Presa aquí la infanta mora;
gozar quiero la ocasión
y abrir.

REY: Ahora, corazón,
sacad la flaqueza fuera.
Muera el vil.

ROSELIO: El traidor muera.

***Danle los dos, uno por las espaldas, otro por el
pecho***

CLODIO: ¡Ay, muerto soy, confesión!

Sale CONSTANTINO

CONSTANTINO: (Que se mataron colijo **Aparte**
los dos, traza fué excelente.)
¡Ah de mi guarda! ¡Hachas! ¡Gente!

Sacan hachas

ROSELIO: ¿Qué es aquesto?
REY: ¡Padre!
CONSTANTINO: (Trocóse mi regocijo; **Aparte**
vivos los dos han quedado. ¡Hijo!

ROSELIO: ¿Todo al revés, cielo airado?)
¿Señor?
REY: Infante, ¿en tal parte?
¿a qué viniste?
ROSELIO: A vengarte.
REY: Ya yo propio me he vengado.
¡Ay invicto emperador!
que a mi costa salió cierto
lo que dijiste. Ya he muerto,
no castigado, al traidor.
Pero, ¿cómo mi rigor,
siendo la injuria sangrienta,
con tan poco se contenta?
Vamos, que una muerte sola
no basta. ¡Muera Carola!
ROSELIO: Muera, y con ella esta afrenta.

Vanse los dos

CONSTANTINO: Mátenla y podré gozar
seguro esposa e imperio.
¡Ah desdichado Liberio,
tú lo hubiste de pagar!
¿Quién te trajo a este lugar
para morir sin reparo?
Llevalde de aquí. ¡Qué avaro
te fue el cielo! ¡Ay mi Lidora!
Dirás que te salió ahora
tu amor e imperio bien caro.

Vase. Sale CAROLA medio desnuda

CAROLA: Ya no hay, Fortuna atrevida,
con que perseguirme más.
¿Estás contenta? No harás,
porque aún me ves con la vida.
Sólo el honor me convida
a guardarla, que no huyera
si honrada morir pudiera.
Esta puerta sale al mar.
Peces, ¿queréisme ayudar
en persecución tan fiera?
¡Qué de cosas he perdido
juntas, mundo burlador!
Imperio, esposo y honor,
padre, hermano y el vestido;
casi desnuda he salido
huyendo mi muerte. Pies
huyamos a la mar, pues
quizá en su golfo profundo,
andaré derecho el mundo
pues en tierra anda al revés.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sale IRENE vestida de pastor

IRENE: Monte soberbio, que entre pardas nubes
de estrellas coronado
imitas a Nembrot y al sol asaltas,
pues hasta el cielo subes;
si a la verdad que allá se fue has mirado,
vivir de asiento en sus moradas altas,
declárale las faltas
que en la tierra introdujo la malicia;
dile que no hay justicia,
que el mundo y su gobierno está de modo
que, andando al revés todo,
del hijo la madre huye,
porque su vida, bárbaro destruye,
hallando aunque te asombres,
en tus fieras piedad, mas no en los hombres.

*Sale TARSO, de pastor. Dentro CAROLA y un
MARINERO*

TARSO: En tus fieras piedad, mas no en los hombres,
pienso hallar monte espeso,
que ya en los hambres tu aspereza fundo.
Trocad, brutos, los nombres
por ellos, que por más brutos confieso
los que hombres llama el engañado mundo;
un príncipe iracundo
que a su madre ha querido dar la muerte,
hace que de esta suerte
huya, porque de su tirana furia
estorbe aquesta injuria.
Mi habitación seréis áspero monte,
sepa vuestro horizonte
que hoy a habitar vuestra esperanza viene,
Tarso, el pastor que dio la vida a Irene.

IRENE: Aquí, cielos, ¿qué escucho?
Fortuna ciega, no te temo ahora.
Libertador solemne
de aquesta vida con quien peno y lucho,
mi dicha con tu vista se mejora.

TARSO: Bellísima señora,
¿es posible que aquí te trajo el cielo?
Que lo sueño recelo;
vida, en verte recibo.

IRENE: Tarso, ¿qué, vienes libre?

TARSO: Libre y vivo;
porque vengué tu ultraje
con el valor que me vestí en tu traje.

IRENE: Pues la Fortuna en paz, su guerra muda,
cese el rigor; piadoso cielo, ayuda.

Gritan de dentro CAROLA y un MARINERO

CAROLA: **¡Cese el rigor, piadoso cielo, ayuda!**
MARINERO: No temas, que la tierra
está cerca, señora.
CAROLA: ¡Ay mar airada!
¡Vuestro favor acuda;
sed, Virgen, paz en tan confusa guerra,
por ser mujer, cual vos más desdichada!
MARINERO: Ya no hay que temer nada,
tira de aquesta cuerda.
IRENE: Tarso, espera;
una voz lastimera
sale del mar.

**Sale un MARINERO mojado y tirando de un cordel, a
quien va asida CAROLA sobre una tabla**

CAROLA: ¡Ay cielos, que me muero!
IRENE: ¿No ves un marinero
y una mujer asida a aquella tabla
que ni se mueve ni habla?
MARINERO: Libre estás ya del mar, mujer; levanta.
CAROLA: ¡Ay, perseguida y desgraciada infanta!
IRENE: **¡Ay, perseguida y desdichada infanta!**

¿Qué desdicha te ha puesto en tal aprieto?
Mas ¿qué pregunto, si el que de esta suerte
me hace andar, con desatinos vive?
¡Ah, infanta! ¡Ah mi Carola!
CAROLA: ¿Quién me llama?
IRENE: Irene soy.
CAROLA: ¿Irene?
IRENE: La infelice.
CAROLA: ¿La madre de mi esposo?
IRENE: La que diera
por no serlo la vida que él persigue.
CAROLA: Ya muero con contento en tu presencia;
dame esos brazos.
IRENE: No permita el cielo
que a ver mis ojos tal desgracia lleguen.
MARINERO: (¡Cielos! ¿Ésta es Irene? ¿Ésta es Carola, **Aparte**
madre y esposa del monarca griego?
Sin duda que el temor de verse presas
les hizo que, rompiendo las prisiones,
huyesen de este modo. Mas ¿qué aguardo,
que no voy a avisar a Constantino?
Pues sabiendo por mí que aquí se esconden
saldré de pescador con las mercedes
que de su mano espero. Adiós, señores,
que, pues la infanta, a quien sin conocerla,
la vida he dado, en vuestra compañía
está segura y libre, yo me parto
en busca de los otros compañeros
que conmigo saltaron de la barca,
cuando la abrieron las mojadas rocas.)
CAROLA: Aún no tengo con qué poder pagarte
el favor que me has dado. El cielo quiera
darme con que te premie este socorro.

MARINERO: Adiós. (A dar aviso al César corro.)
Aparte

Vase

IRENE: Infelice señora, ¿qué fortuna
nos persigue a las dos?

CAROLA: Aquese monstruo,
que por hijo te dio nuestra desdicha,
a mi padre y hermano ha persuadido
que en adúlteros brazos le deshonro,
y huyendo de su furia... Mas--¡ay cielos!--
¡qué terrible dolor! ¡Jesús, que muero!

TARSO: Pues ten, señora, esfuerzo y no le pierdas,
y vamos, que en lo espeso de este monte
haremos chozas de sus verdes ramas,
y aunque groseras, camas de sus hojas.
Mi pedernal y yesca dará lumbre
con que enjugar las ropas y abrigarte;
y aunque en peligro ponga aquesta vida,
iré al lugar y pueblo más cercano
a traer de comer, aunque el vestido
en trueco deje.

IRENE: Vamos, poco a poco.

CAROLA: ¡Ay, Jesús, qué dolor!

IRENE: ¡Ay, hijo loco!

Vanse. Salen CONSTANTINO, MACRINO y LIDORA

CONSTANTINO: Ya Carola será muerta;
que aunque del padre y hermano
al mar huyó por la huerta,
fueron tras ella, y es llano
que harán su venganza cierta.

Huyó mi madre también,
y aunque el darla muerte fuera
más seguro, me está bien
que por otras manos muera,
que no me faltará quien
me asegure el reino y tierra
con su muerte; y pues destierra
su ambición y así se va
de mi imperio, no podrá
con su ayuda hacerme guerra.

En fin, que el morir Liberio,
aunque con tal vituperio,
fue causa, bella Lidora,
de que gocemos ahora
los dos seguro el imperio.

LIDORA: No puedo negar, señor,
la pena que siento en vano
por mi hermano; que su amor
pasaba de amor de hermano
a otro más estrecho amor.

Mas aunque con ella lucho,
por ser vuestro gusto escucho;
doy por bien su muerte presta,
porque si mucho me cuesta,
entendáis que os amo mucho.

CONSTANTINO: Mucho amáis, porque os amé
mucho; ya, gracias al cielo,
mi imperio regir podré,
sin que temor ni recelo
madre y esposa me dé.
Desde hoy hacer determino
leyes que, de Constantino,
Constantinas llame el mundo,
siendo Licurgo segundo
de Grecia. Llama, Macrino,
a audiencia todos los presos;
que, pues deshice el senado
que juzgaba sus procesos,
es bien que tenga cuidado
de castigar sus excesos.

MACRINO: Yo voy.

Vase

LIDORA: Esos ejercicios
dan, mi bien, de vos indicios,
reconociendo en vos Grecia
juez que las virtudes precia
y que castiga los vicios.

Siéntanse

CONSTANTINO: Sentaos, pues, que vuestro amor
ha de ser mi guía.

Salen MACRINO y un RELATOR

MACRINO: Señor,
ya tienes en tu presencia
presos a quien dar audiencia.

**Salen los PRESOS, y van llegando como los van
nombrando**

CONSTANTINO: Diga, pues, el Relator,
¿por qué está aqueste hombre preso?

RELATOR: Es un ladrón afamado
que, como reza el proceso,
ha estado ya sentenciado
otra vez a ahorcar.

CONSTANTINO: ¿Por eso?

RELATOR: Sí, que son de precio extraño
los hurtos que en solo un año
en Constantinopla ha hecho.

CONSTANTINO: Hágale muy buen provecho;
soltarle, no le hagáis daño.

Licurgo Lacedemón,
cuyas sabias leyes sigo,
estableció, y con razón,
que no le diesen castigo
por ningún hurto al ladrón.
Pues sus leyes os enseño,

soltarle, que no es pequeño
el peligro a que se arroja
de que en las manos le coja
el hurto al ladrón su dueño.

MACRINO:

¡Buenos jueces!

RELATOR:

¡Extremados!

MACRINO:

Serán, con tal libertad,
ladrones los más honrados.

CONSTANTINO:

Quiero que haya en mi ciudad
castigo de descuidados;
hurta sin que te corrija
el temor.

LADRÓN:

Tu imperio rija
desde el Indo Batro al Tibre.

Vase

CONSTANTINO:

Anda con Dios, vete libre.

MACRINO:

(No sé de esto qué colija.)

Aparte

CONSTANTINO:

Venga otro preso.

RELATOR:

Este mozo
ha que está en el calabozo
un mes.

LIDORA:

¿Y por qué desastre?

RELATOR:

Porque hurta, siendo sastre,
sin máscara ni rebozo
la mitad de todo cuanto
corta.

LIDORA:

Ya es inclinación
muy antigua; no me espanto,
si han de vestir un pendón
que crece y que dura tanto.

CONSTANTINO:

Yo remediaré este daño
sin que haya más engaño,
ni los prendan más por eso;
tomen por medida y peso
de hoy más, los sastres el paño,
y después que esté cosido,
cuando lo vuelvan a dar,
sea pesando el vestido,
y así no podrán hurtar.

Vase el SASTRE

LIDORA:

Traza de tu ingenio ha sido.

CONSTANTINO:

Otro.

RELATOR:

Éste es un casado
que ha un año que no hace vida
con su mujer, y hanle hallado
con otra mujer perdida
dos noches.

CONSTANTINO:

No es gran pecado.
Ven acá, ¿cuánto ha que estás
casado o cansado, y das
sustento a mujer y casa?

HOMBRE:

Señor, de diez años pasa.

CONSTANTINO:

Pobre de ti, ¿diez?

HOMBRE:

Y aún más.

CONSTANTINO:

Suficientes eran dos

o plata, los adorara
la cristiana religión
y adelante no pasara
nuestra justa devoción,
fuera idólatra sin duda
quien una imagen desnuda
reverenciara, y tuviera
por Dios y favor pidiera
a un palo, a una tabla ayuda.

Mas, como tu sello real
se estima en tu propia cuenta,
no porque es de oro o metal,
sino porque representa
tu dignidad imperial,
y de quien le depreciara
y en las llamas le arrojara
se agraviara tu corona,
cual en tu misma persona
su locura ejecutara,

de esa suerte, pues, la gente
que de la inmortal presencia
de los santos vive ausente,
su memoria reverencia
en sus tablas solamente.

Y si con error tan ciego
mandas que tu imperio griego
queme sus santas figuras,
los mismos santos procuras
echar también en el fuego.

Levántanse

CONSTANTINO: Prended a aqueste hablador;
veamos si hay algún santo
que venga a darle favor;
y esté sin comer en tanto
que defendiese este error,
que debajo de los pies
los he de poner, pues es
idólatra quien los precia.
Bien parece que eres, Grecia,
la república al revés.

Vanse. Salen el REY de Chipre y ROSELIO

ROSELIO: Según dijo el marinero,
las olas del mar amargo
tomaron, padre, A su cargo
vengar nuestro agravio fiero;
que escondiendo en su profundo
su lascivo cuerpo, intenta
que sepultando tu afrenta
no venga a saberla el mundo.

A Chipre puedes volverte;
que si Carola ha manchado
su honor, el mar ha lavado
la mancha, con darla muerte.

REY: ¿Cómo ha de poder lavar

el mar mi justo dolor,
si para manchas de honor
es poca el agua del mar?
¡Ay, Roselio, que no puedo
persuadirme a que la infanta
fue autora de culpa tanta,
y temo que ha sido enredo
del infame emperador!

ROSELIO: A mí, la propia sospecha
me tiene el alma deshecha.

REY: Oye, que viene un pastor,
y en este desierto quiero
saber en qué parte estoy.

Sale LEONCIO, de pastor

LEONCIO: Cielo airado, ¿dónde voy?
¿Qué pretendo? ¿En quién espero?
Mi suerte vil, ¿qué procura?
¿De quién huyo, si conmigo
traigo el mayor enemigo,
que es la falta de ventura?
¡Ah Fortuna vil! ¿Así
das a Leoncio sosiego?
¿Es éste el imperio griego
y mundo que abierto vi?

Mas, cómo juegas y burlas,
burláronme tus quimeras,
tú me afrentarás de veras,
pues que me honraste de burlas.

REY: ¡Leoncio! ¡Oh, dichoso el día
en que el cielo soberano
quiere, que vengue mi mano
vuestra deshonra y la mía!

Cógenle los dos y sacan las dagas

¡Ah, traidor! Aquí tu insulto
me pagarás sin huír;
que Dios sabe descubrir
lo más secreto y oculto.

LEONCIO: ¿Roselio? Rey, gran señor
detente, escucha primero.

ROSELIO: ¡Ah, lobo vil, que el cordero
despedazas de mi honor!

¿Qué injuria te hice jamás
que así mi sangre deshonras?
Ladrón crüel de las honras,
yo haré que no robes más.

REY: Ladrón crüel de las honras,
yo haré que no robes más.

LEONCIO: Si con mi muerte te pagas
de tu agravio, morir quiero;
mas óyeme rey, primero,
para que te satisfagas;

que ese furor ya imagino
y sé que debe de ser
por haberte hecho creer
que te afrenté, Constantino.

Mas la noche que a Carola
de esposa la mano dió

en su lugar pretendió,
gozar a su dama sola,
y dándome de ello cuenta,
me mandó que procurase
cómo la infanta quedase
ignorante de esta afrenta.

Yo, que en la amorosa llama
de Lidora me encendí,
al revés la traza di,
y trocando cuadra y cama,
su esposa el César gozó,
que era Lidora creyendo,
y al mismo tiempo fingiendo
que era Constantino yo,
en nombre suyo gocé
la hermosura de Lidora,
y a la infanta, mi señora,
de aquesta suerte vengué.

Y en este fingido traje,
temiendo fuese sabida
mi traza, libré la vida.
Si esto ha sido hacerte ultraje,
mátame, rey, mas no creo
que lo juzgarás portal.

REY: Antes muestras de leal,
Leoncio, en tu rostro veo;
yo estoy cierto que has contado
la verdad, porque acá dentro
el corazón en su centro
así lo había adivinado.

Roselio, ¿qué te parece
si fue cierto mi temor?
Estoy confuso.

ROSELIO:

REY:

¡Ah traidor
Constantino! Bien parece
que eres griego, descendiente
de Ulises y sus engaños.
No corte el hilo a mis años
la Parca, que venir siente
mi vejez larga y prolija,
hasta que asuele tu imperio;
..... [-erio]
vengue mi difunta hija.

LEONCIO:

¡Válgame Dios!, pues ¿es muerta?

REY:

¡Ay, Leoncio amigo, sí,
ya murió! Mas vive en mí
su venganza.

LEONCIO:

Será cierta,
si a tu reino luego partes
y embarcando armas y gente
sobre Grecia de repente
pusieres tus estandartes
en las famosas almenas
de Constantinopla, adonde
nuestro enemigo se esconde;
que mientras tu campo ordenas,
yo en persona partiré
a las legiones que están
sin caudillo y capitán
en Armenia, y las haré
amotinarse y venir

contra este desatinado
que a todos nos ha afrentado.
Fácil será persuadir
al ejército que haga
esto, y más que los soldados
se ven de él menospreciados
y ha un año que no les paga.

REY: Pues con aquea esperanza
yo me parto.

LEONCIO: Y yo también.

REY: Muerte, tu curso detén
hasta que me des venganza.

***Vanse. Sale LIDORA, con CAMILA a tocarse al espejo,
y siéntase***

CAMILA: ¿Qué vestido has de ponerte?

LIDORA: Cualquiera; saca el morado
sobre tela acuchillado.

CAMILA: Triste estás de aquesta suerte.

LIDORA: ¿Triste? ni por pensamiento;
lo morado, ¿no es amor?

CAMILA: Sí; pero aquea color
es de cuaresma o adviento.

LIDORA: Salga el turquesado, pues.

CAMILA: Deja lo azul a los cielos,
no te pronostiques celos;
el de rosa seca es
buen color y grave.

LIDORA: Quita
allá tanta terquedad;
que la rosa de mi edad
ni está seca ni marchita.

CAMILA: Ponte el de flor de romero.

LIDORA: La color es extremada,
pero el nombre no me agrada.

CAMILA: ¿No le quieres?

LIDORA: No le quiero.

CAMILA: ¿Qué es la causa porque cobres
odio al romero?

LIDORA: ¿No ves
que huele a pobreza y es
la pastilla de los pobres?

CAMILA: Pues traeréte el verde obscuro.

LIDORA: Verde obscuro, ¿qué mudanza
entristece mi esperanza?
¿No vive mi amor seguro?

CAMILA: Ponte el blanco.

LIDORA: Es de novel
que se arma caballero.

CAMILA: ¿Pajizo?

LIDORA: No desespero.

CAMILA: ¿Encarnado?

LIDORA: Es muy crüel.

CAMILA: ¿Verdemar?

LIDORA: No me contenta,
que esperanza puesta en mar
o se tiene de anegar
o ha de padecer tormenta.

CAMILA: El leonado es a mi gusto.

LIDORA: No me llamo yo Leonora
ni estoy congojada ahora.
CAMILA: Ponte el negro.
LIDORA: De ese gusto
ningún color se le iguala,
por eso con él me alegro,
que sale sobre lo negro
por extremo cualquier gala.
Ponle los botones de oro
porque no digan que es luto.

Sale CONSTANTINO

CONSTANTINO: A darte viene tributo
el amor con que te adoro.
La sala de mi consejo,
llena de mil negociantes
y embajadas importantes
sólo por tu causa dejo,
que tiene que negociar
mil cosas contigo el alma
y vive sin verte en calma.
LIDORA: Déjame, mi bien, tocar.
Por fuerza has, señor, de ver
mis faltas. ¡No me dejaras
tocar primero!

CONSTANTINO: Dos caras
suelen dar a la mujer,
una hermosa y otra fea;
la hermosa es cuando compuesta
hace al gusto plato y fiesta
y los sentidos recrea.
Pero cuando se levanta
dicen que pone temor,
que una cara en borrador
no enamora, sino espanta.
De ti otro tanto juzgara
a no venirme así a ver,
mas ya sé que, aunque mujer,
no tienes más de una cara.
LIDORA: Reír me has hecho; alza más
aquese espejo.

CONSTANTINO: ¿Está bien?
LIDORA: Sí; aquesos cabellos ten.
CONSTANTINO: Los rayos del sol dirás.
LIDORA: ¿Estoy a tu gusto?
CONSTANTINO: Sí.
LIDORA: Pues no sé cómo, que dejo
de mirarme en el espejo,
mi bien, por mirarme en ti.

CONSTANTINO: Suelta estos pocos cabellos
al descuido, que es donaire
verte el rostro cuando el aire
está jugando con ellos.
Ahora que te has tocado,
mírate bien, cara esposa,
verás si es mi dama hermosa
y si estoy bien empleado.

LIDORA: No por cierto; más mereces,
que es fea y de necio trato,

mírate tú en tu retrato
y verás cuán bien pareces.

***Mírase CONSTANTINO en el espejo y
espántase***

CONSTANTINO: ¡Ay!
LIDORA: ¿Qué has visto?
CONSTANTINO: Un hombre armado
del propio rostro y figura
de Leoncio, que procura
matarme.
LIDORA: ¡Lindo has estado!
 ¿pensabas burlarme así?
CONSTANTINO: ¿Turbárame a no ser cierto
lo que he visto?
LIDORA: ¿A Leoncio muerto
no le trajeron aquí?
 Calla, que ése es devaneo.
CONSTANTINO: ¡Ay cielos! Quitale allá.
 ¿No le has visto cual está?

Vuelve a mirarse

LIDORA: Sola aquí mi imagen veo.
CONSTANTINO: Alguna hechicera vil
me pretende dar la muerte
con hechizos de esa suerte;
y si es encanto sutil
 no hago de hechizos caso
que soy otro Ulises yo.
Leoncio ya se murió,
¿qué mal puede hacerme?

Salen un MARINERO y MACRINO

MARINERO: Paso.
MACRINO: Aguárdate allá, grosero.
MARINERO: Si está aquí el emperador
téngole de hablar. Señor,
yo, que un pobre marinero
 soy, he sabido que das
premio a quien noticia tiene
de la emperatriz Irene.
CONSTANTINO: ¿Tiénesla tú?
MARINERO: Sí; sabrás
 que en los montes más cercanos
de Constantinopla está,
y fácilmente vendrá,
ella y Carola a tus manos,
 porque si no es un pastor
no tienen otra defensa.
CONSTANTINO: Digno eres de paga inmensa;
premiaráte mi favor.
 Y a fe que ha de ser de traza
que en vida y trato mejores.
Llamadme mis cazadores,
que quiero salir a caza.

LIDORA: Pues yo os he de acompañar,
que una caza como aquésta
promete famosa presa.

CONSTANTINO: A mi madre he de cazar;
que pues su vida me mata,
matarla por vivir quiero.

LIDORA: Camila, dame el baquero
de verde y hojas de plata.

Vanse. Salen LEONCIO de pastor, y SOLDADOS

LEONCIO: Soldados del griego imperio;
capitanes valerosos
de vuestra patria defensa,
de los contrarios asombro;
vosotros que tantas veces
las banderas habéis roto
de la multitud morisca,
y a quien tiembla el mundo todo;
vosotros que habéis vencido
tantos bárbaros remotos,
como son: tártaros, persas,
húngaros, polacos, godos;
vosotros, griegos, en fin,
¿consentís que os riya un mozo,
un emperador hereje,
un disparatado, un loco?
¿Qué es de vuestro valor, griegos?
¿Qué es del renombre glorioso
con que el magno Constantino
pasó aquí su imperial trono?
¿Sabéis a qué Augusto César
honran las hojas de Apolo?
¿Queréis ver que hazañas hace?
Escuchadme, pues, un poco.
A la emperatriz Irene,
que acaudillándoos a todos,
con ser mujer, dejó atrás
los hechos del Macedonio,
prendió, y queriendo matarla,
huyó a los desiertos solos,
donde desterrada habita
entre tigres pardos y osos.
La hija del rey Chipre,
a quien dió mano de esposo,
fue por él menospreciada
la noche del desposorio,
y con una dama suya
casada otra vez, ha roto
la ley de Dios retirando
el primero matrimonio.
Los senadores ha muerto,
desterrado vive Andronio,
y premiando a quien me mate
huyo en este traje tosco.
Pero todo aquesto es nada,
que de lo que más me asombro,
es que a Dios pierde el respeto.
Los simulacros devotos
de Cristo y su madre y santos

echa en el fuego furioso
y la adoración les niega;
prisiones y calabozos
de mil católicos llenos,
para el martirio están prontos,
por no seguir las blasfemias
de este bárbaro furioso.
¿Este emperador tenéis,
capitanes belicosos?
¿Este consentís que viva?
¿Acaso es por los tesoros
que con vosotros reparte?
Yo sé que no; porque sólo
los gozan los lisonjeros,
truhanes, rameras y otros
semejantes en sus vicios,
pues ha un año que estáis todos
sin pagas y despreciados.
¡Alto, soldados famosos!
Sacudid este vil peso
de vuestros honrados hombros,
y muera aqúeste tirano
de Grecia y del mundo oprobio.
UNO: ¡Leoncio, *semper augusto*,
viva y reine!

TODOS: ¡Viva Leoncio!

LEONCIO: No, soldados, otro habrá
más digno del cargo honroso
que me dais.

TODOS: ¡Leoncio viva!

LEONCIO: Legiones de Armenia, hoy pongo
en vuestras manos mi vida,

TODOS: ¡Viva Leoncio! ¡Viva Leoncio!

LEONCIO: Pues emperador me hacéis,
desde hoy a mi cargo tomo
vuestra defensa; marchad
a Constantinopla todos,
que allí el de Chipre me aguarda
con armas, gente y socorro
en venganza de su injuria.
¡Cielo benigno y piadoso,
ya miro cierto y cumplido
el pronóstico dichoso
de mi imperio; no permitas
que tenga fin lastimoso!
¡Alto, a Grecia, capitanes,
que os aguardan sus tesoros!

UNO: ¡Muera el loco Constantino!

TODOS: ¡Viva Leoncio! ¡Viva Leoncio!

***Vanse, llevándole en brazos; suena dentro
ruido de caja y gritan. Salen CONSTANTINO, MACRINO y otros***

CONSTANTINO: No vengo a cazar fieras ni es mi intento
que tras el oso o tigre el lebre l adre;
cesen las voces que atronáis el viento,
que aquesta caza no es razón que os cuadre.
Si en ella pretendéis darme contento,
en vez de jabalí cazad mi madre,
que ella es la presa que pretendo sola.

Sale LIDORA de caza

LIDORA: Cazadores, ¿qué hacéis? Dadme a Carola.
CONSTANTINO: ¡Oh, mi nueva Diana! A veros Febo
en ese traje, que érades creyera
su antigua Dafne, y con curso nuevo
segunda vez gozaros pretendiera.
LIDORA: Como sólo con vos el gusto cebo,
Dafne esquivada para Febo fuera
vuelto laurel mis desdeñosos brazos,
que sólo son de vuestro cuello lazos.
CONSTANTINO: El sol, que aquece disfavor escucha,
intenta, por vengarse, que os ofenda
de su luz el calor que ahora es mucha;
haced, mi bien, que os armen una tienda
al pie de aquella encina, mientras lucha
mi amor con vuestra ausencia, porque emprenda
el fin que intento, y vuestro gusto trace
cuando a mi madre con Carola cace.
LIDORA: Pedidme albricias cuando halléis la infanta,
que a fe que he de intentar nuevos favores,
y porque Apolo su cenit levanta,
adiós, querido esposo.
CONSTANTINO: Adiós, amores.
¡Alto, amigos! No quede peña o planta
que no busquéis, pues de los cazadores
el que hoy lo fuese de mi madre Irene
ser cazador mayor por premio tiene.
CAZADOR 1: Dichoso quien tuviere tal ventura;
señores, cada cual tome el camino
distinto y busque sólo la espesura.
CAZADOR 2: Bien dices; irme sólo determino.
CONSTANTINO: Gana de dormir tengo.
MACRINO: Pues procura
al margen de este arroyo cristalino
recostarte, o al pie de aquellas hayas,
que yo te guardaré.
CONSTANTINO: Pues no te vayas.

Échase a dormir

MACRINO: El apacible sitio me convida
de aquella zarza con taray funesto
y parras enlazada y retejada.
Adiós, durmióse; el sueño tiene presto;
a mi zarza me voy que en ella anida
un ruiseñor y es agradable el puesto.
¡Que el sueño ponga á un hombre de esta suerte!
Bien dicen que es imagen de la muerte.

Échase a dormir. Descúbrese una rueda grande, a cuyos pies estará CONSTANTINO durmiendo, y en la cumbre estará asentada IRENE, armada, con espada, mundo y corona, y a un lado CAROLA, que va subiendo, y a otro LEONCIO, cabeza abajo, como que se precipita; y a una parte la FORTUNA, vendados los ojos, la cual dice primero de dentro

FORTUNA: Ah, Constantino!
CONSTANTINO: ¿Quién mi sueño asalta?
FORTUNA: La que es más variable que la luna;
la que al tiempo mejor se muda y salta.
CONSTANTINO: ¿Qué quieres, diosa ciega e importuna?
FORTUNA: Tu silla derribar, que está muy alta.

Descúbrese la rueda

CONSTANTINO: ¿Qué rueda es ésa?
FORTUNA: La de la Fortuna.
CONSTANTINO: ¿No estaba encima yo, mudable rueda?
Pues ¿cómo estoy abajo?
FORTUNA: Como rueda.
CONSTANTINO: ¿Quién es aquella, pues, que en lo alto tiene
el trono que he heredado de mi padre?
FORTUNA: Ésta es, crüel, la emperatriz Irene,
que ya se menosprecia en ser tu madre;
presto verás que a castigarte viene,
pues porque al cielo tu castigo cuadre,
a cuyos santos das tantos enojos,
te ha de sacar aquesos viles ojos.
CONSTANTINO: Temerosa visión, Fortuna loca,
¿portan pequeña culpa, pena tanta?
FORTUNA: Según la que mereces, ésta es poca.
CONSTANTINO: ¿Quién es ésa que sube y se levanta
en tu rueda, que a envidia me provoca?
FORTUNA: Carola es ésta, la inocente infanta
a quien risueña, su fortuna esquivada,
la mano ha dado porque suba arriba.
CONSTANTINO: Su virtud lo merece; y ¿qué soldado
es aquél, diosa fácil, a quien quitas
la corona imperial que le habías dado
y al suelo de tan alto precipitas?
FORTUNA: Leoncio es, que el imperio te ha quitado,
a quien prenderá Irene.
CONSTANTINO: Al fin limitas
en el caer, si en el subir; ¿y es cierto
que es emperador?
FORTUNA: Sí.
CONSTANTINO: Pues ¿no era muerto?
FORTUNA: Vida tirana por tu daño tiene,
y ya llega a prenderte.
CONSTANTINO: ¡Ah, de mi guarda!

Ciérrase la apariencia

¡Filipo! ¡Lesbio! ¡Alesio! ¿nadie viene?
¡Ah, Macrino!

Sale MACRINO

MACRINO: Señor, ¿quién te acobarda?
CONSTANTINO: Prende a Leoncio, da la muerte a Irene,
saca la espada.
MACRINO: Ya la saco, aguarda.
CONSTANTINO: Mata a Carola.
MACRINO: Ten, señor, sosiego.

CONSTANTINO: ¿A Leoncio no ves monarca griego?
MACRINO: Soñando estás, que no hay persona alguna
en todo aquesto que inquietarte pueda.
CONSTANTINO: Luego ¿no ves la rueda de Fortuna?
MACRINO: ¿Qué rueda o qué Fortuna?
CONSTANTINO: Vi su rueda,
y en ella, hasta la esfera de la luna,
está mi madre, que en su cumbre queda.
Sube Carola, cae Leoncio al suelo,
y yo, abatido, mi prisión recelo.
MACRINO: Déjate de eso, gran señor, sosiega,
pues, es creer en sueños, desatino.
CONSTANTINO: ¿Leoncio, cielos, en mi silla griega?

Salen dos CRIADOS, uno tras otro

CRIADO 1: Huye la muerte, invicto Constantino,
que ya Leoncio en busca tuya llega
con la gente de Armenia.
CONSTANTINO: ¿Ves, Macrino,
cómo soñé verdad?
CRIADO 1: Toda tu gente
le llama augusto César del oriente.
Entró en Constantinopla, y en la plaza
la corona le dió su patriarca,
y sabiendo que aquí viniste a caza,
te viene a dar la muerte.
CRIADO 2: Gran monarca,
el de Chipre las olas embaraza
al pie de aqueste monte, echando a tierra
gran multitud de gente en son de guerra.
CONSTANTINO: ¡Todos son contra mí! Mas no me espanto,
que he sido contra todos, ¿No hay do pueda
huir la muerte, pues el cielo santo
es mi enemigo y su favor me veda?
Seguí mis torpes vicios hasta tanto
que me han puesto debajo de tu rueda,
Fortuna vil. ¿Por qué razón me infamas?
¡Mas, ay, que eché los santos en las llamas!

Vanse. Sale CAROLA vestida de pieles

CAROLA: Ya creí, Fortuna airada,
que viviendo entre las fieras
me dejaras y estuvieras
con mis desdichas vengada.
Mas, pues hasta aquí me sigues,
mi muerte te es de importancia,
dime, pues, ¿por qué ganancia,
Fortuna vil, me persigues?
¿Cuándo entiendes de poner
fin a tu venganza fiera?
Tenme lástima, siquiera
por ser, como tú, mujer.
Mas--¡ay cielos!--que imagino
que ya mi fin se llegó.

Tocan de dentro cajas. Salen marchando LEONCIO y

SOLDADOS

- LEONCIO: No seré emperador yo
mientras viva Constantino.
Buscadle, que mi rigor
en su oprobio y vituperio,
me trae por cazar su imperio,
a caza del cazador.
Pero ¿qué mujer es ésta
que aquí llora, triste y sola?
Cielos, ¿no es ésta Carola,
infanta? Haga Chipre fiesta,
si sois vos; albricias pida
la Fama por tantos bienes.
- CAROLA: ¿Qué es esto Leoncio? ¿Vienes
para dar fin a mi vida?
¿Envía por mí el agosto
Constantino?
- LEONCIO: Yo, señora,
soy solo el agosto ahora,
que de vuestro gusto gusto.
El lauro imperial me ha dado
Grecia de todo el oriente,
y de que estáis inocente
el rey de Chipre informado.
Justas venganzas concierta
y con ejército viene
en mi favor, aunque os tiene
él y Roselio por muerta.
Yo le dejé satisfecho
de vuestro mucho valor.
- CAROLA: Si resucita mi honor,
cielo, poco mal me has hecho.
- LEONCIO: ¿Quién os pudo sustentar
sola en aquesta espesura?
- CAROLA: Quiso mi suerte y ventura
que, habiéndome echado al mar
casi muerta, a tierra vino
a darme el vital favor
Irene, con un pastor
que, huyendo de Constantino,
en este desierto tiene
más amparo que en su hijo.
- LEONCIO: (Ya mi perdición colijo, **Aparte**
si halla mi campo a Irene.
Importaráme quitarla,
si quiero imperar, la vida
antes que sea conocida.)
¿Dónde, infanta, podré hallarla?
- CAROLA: ¿Qué es lo que quieres hacer?
- LEONCIO: ¿Que? Respetarla y tenella
por señora, pues es ella
quien me ha dado vida y ser.
(Otro intenta el corazón.) **Aparte**
- CAROLA: Si eso es así, vamos donde
de su propio hijo se esconde.
- LEONCIO: (Ya temo mi perdición.) **Aparte**

Gritan adentro

TODOS: ¡Viva Irene, viva Irene!
LEONCIO: (¿Qué es esto, Fortuna esquivada?) **Aparte**
TODOS: ¡Viva Irene, Irene viva!
OTRO: A Irene el imperio viene.

Sale un SOLDADO

SOLDADO: Todo tu campo, señor,
 se amotina; en salvo ponte,
 que hallando a Irene en el monte
 huyendo con un pastor,
 el ejército la aclama
 por emperatriz augusta
 y ya de tu muerte gusta
 y a voces tu nombre infama.

LEONCIO: ¡Ah! ¡Variable Fortuna,
 qué poco estuviste queda!
 ¡Subírteme en tu vil rueda
 hasta el cerco de la luna,
 y ya me vences y ultrajas!

TODOS: ¡Viva Irene, Irene viva!
LEONCIO: ¿Por qué me subiste arriba
 pues que tan presto me abajas?

UNO: Emperatriz es Irene,
 ella viva, Leoncio muera.

CAROLA: ¡Cielos! Pues Irene impera,
 ¿qué aguardo? Pero ya viene.

Salen IRENE y SOLDADOS

IRENE: A lo menos en prisión,
 soldados, es bien que esté
 quien a su emperador fue
 traidor; que, si por razón
 me da que sus desvaríos
 le obligaron a negarle
 la obediencia y a quitarle
 su imperio y sus señoríos,
 responderé que no hay ley
 ni razón ninguna hallo
 con que despoje un vasallo,
 por malo que sea, a su rey.
 No quiero la muerte darte,
 aunque la pida tu error,
 que un hereje emperador
 a aqueso pudo obligarte.
 Pero con tenerte preso
 castigaré tu traición.

LEONCIO: Tus pies en mi boca pon,
 pues mi locura confieso,
 goces señora mil años
 del mundo la redondez,
 que te conoce otra vez
 por su augusta.

IRENE: Ya los daños
 de nuestra persecución,
 infanta, se han acabado;
 ya el cielo aclaró el nublado

de su obscura confusión.
Vos imperaréis conmigo,
dadme los brazos.

CAROLA: Ya he dado
por feliz mi mal pasado.

IRENE: Buscad a aquese enemigo.
Castigaré la malicia
con que a tantos ofendió,
que, aunque soy su madre yo,
es mi madre la justicia.
Pero ¿qué es esto?

**Suenan cajas. Salen marchando el REY de Chipre,
ROSELIO y SOLDADOS, y sacan a LIDORA y a CONSTANTINO. Sin espada
sale también ANDRONIO**

REY: ;Tirano!
De los hombres destrucción,
para tu imperio Nerón,
para tu Dios Diocleciano.

El cielo, que tu mal traza,
me forzó a desembarcar
donde pudiese vengar
mi injuria.

CONSTANTINO: ;Ah infelice caza!

CAROLA: ;Mi padre no es el que aquí,
cielos, con mi hermano veo?
;Padre mío!

REY: ;Si el deseo
no me hace salir de mí!
;Carola es ésta?, Mas no,
que es muerta. ;Fortuna esquivada!

ROSELIO: Bella hermana, ;que estás viva?

CAROLA: Sola mi pena murió.

Dejóme la vida el mar
que vosotros perseguistes.

REY: Años largos, canas tristes,
bien os podéis alegrar.

Aquesos brazos enlaza
a aquesta vejez prolija,
y muera yo luego, hija.

TARSO: ;Dichosa y alegre caza!

CAROLA: Habla a la emperatriz griega.

REY: ;A quién?

CAROLA: A Irene, por quien
hoy nos vino tanto bien,
y a quien Grecia alegre entrega
el imperio que otra vez
gozó.

REY: Qué, ;aquí estáis señora?
A la cumbre llegó ahora
de sus dichas mi vejez.

Y pues el cielo ha querido
que otra vez por tal misterio
subáis al famoso imperio
que este tirano ha perdido,
juzgadle, señora, vos,
que aunque escondido le hallé
y en él vengar intenté
mis injurias, pues que Dios

os hizo juez superior,
su castigo ejecutad
como madre con piedad,
y como juez con rigor.

También esta mujer, loca
por vos juzgada ha de ser,
aunque el ser como es mujer
a lástima me provoca.

IRENE: Yo recibo, sabio rey,
los presos de vuestra mano,
y si en Roma hubo un Trajano
tan observante en su ley,
dejar en Grecia colijo
memoria que al mundo cuadre,
sacando, aunque soy su madre,
los ojos de un traidor hijo.

CAROLA: Eso no, si es justa cosa
que en aquesta ocasión llegue
a vuestras plantas y ruegue
por Constantino su esposa.

IRENE: Perdonadle, si merezco
su vida; llegad los dos.
Juez de la causa de Dios
he de ser. No me enternezco
con ruegos. Llevadle preso
a una torre y denme cargos
todos de sus vicios largos,
que sustanciado el proceso,
sin que me ablanden los llantos
de su esposa, haré de modo
que quede vengado todo
el mundo, Dios y los santos.

Esa mujer que os sirvió,
por vos sea castigada,
que, pues fue vuestra criada
y siéndolo os injurió,
infanta, el mayor castigo
que al presente puedo darla
me parece es entregarla
a su mayor enemigo.

CAROLA: Pues no lo tengo de ser
con ella en esta ocasión;
antes, si mi intercesión
con vos algo ha de poder,
os suplico perdonéis
a Leoncio desde ahora,
como reciba a Lidora,
por mujer. si os parecéis.

IRENE: Que se casen es razón.
Emperadores han sido
y a un mismo tiempo han caído
del imperio y su ambición.
Sea su esposa, y si lo niega
dadle muerte.

LEONCIO: Yo, señora,
digo que quiero a Lidora.

LIDORA: ¡Yo y todo! ¡Ay, Fortuna ciega!

IRENE: De secretario mayor,
Tarso, el oficio tendrás,
y con el cargo darás
indicios de tu valor

digno, que le envidió el mundo.
TARSO: Tus pies imperiales beso.
IRENE: No estoy contenta con eso,
en premiarte más me fundo.
TARSO: Das señora testimonio
de quien eres. Ya estoy rico.
REY: Pues yo también os suplico
que, dando perdón a Andronio,
le volváis a su privanza,
que huyendo de Constantino
a valerse de mí vino.
TARSO: Baste la burla en venganza
que le hice disfrazado
de mujer.
IRENE: Yo, Rey, concedo
cuanto pidáis.
REY: Y yo quedo
por mil partes obligado.
IRENE: ¿Dónde al príncipe mi nieto
dejaste, Tarso?
TARSO: Escondido
en un roble le he tenido,
temiendo el mortal aprieto
en que la persecución
nos puso de Constantino.
IRENE: En su nombre determino
gozar de la posesión
del imperio; ve por él,
y a Constantinopla vamos
donde bautizar le hagamos.
CAROLA: Yo con mi padre y con él
irme a Chipre determino,
porque no podré sufrir
en toda Grecia vivir
viendo preso a Constantino.
IRENE: Quédese, pues, el infante
por general de la guerra
en todo mi imperio y tierra,
que de este cargo importante
es digno.
ROSELIO: Tus plantas beso.
IRENE: ¡Alto! ¡A mi corte, soldados,
que en ella seréis premiados
como merecéis.
TODOS: Con eso
danos, señora, esos pies.
UNO: ¡Viva Irene!
TODOS: ¡Viva Irene!
TARSO: Este fin, senado, tiene
la república al revés.

FIN DE LA COMEDIA